

**LO QUE DICEN
LAS MESAS
PARLANTES**

VICTOR HUGO

**CONVERSACIONES CON LOS ESPÍRITUS
EN LA ISLA DE JERSEY**

Canal de la Mancha, 3 de febrero de 1854. Victor Hugo y su familia, exiliados en la Isla de Jersey por razones políticas, han tomado por costumbre sentarse alrededor de una mesa de tres patas cuando se pone el sol: una mesa mediúmnica que se mueve y les habla. A través de ella, el gran escritor —escéptico al principio, devoto y entregado después— mantiene conversaciones con algunos espíritus célebres: Galileo. Jesucristo, la misma Muerte. Y esta noche, ¿quién es? «Shakespeare», deletrea la mesa. Hugo se apresura a tomar nota: «Las palabras son los marinos de la idea, la sirven y se rebelan contra ella. El estilo es la espuma del espíritu, tiene que subir a todas las cuerdas, a todos los aparejos, a todos los mástiles del pensamiento majestuoso en plena mar».

Este libro recoge las transcripciones de Victor Hugo de sesiones mantenidas entre 1854 y 1855: un texto hugoliano, lleno de misterio y de lirismo, que invita a pensar sobre los modos de creación, las fuentes de inspiración y la diferencia entre escritura voluntaria, automática y revelada.

Victor Hugo

Lo que dicen las mesas parlantes

Conversaciones con los espíritus en la isla de Jersey

Título original: *Ce que disent les tables parlantes. Victor Hugo à Jersey*

Victor Hugo, 1963

Traducción: Cloe Masotta

Índice de contenido

[Lo que dicen las mesas parlantes](#)
[sobre sus sesiones espiritistas en la isla](#)
[Presentación de Jean Gaudon a la edición de 1964, a cargo](#)
[del editor Jean-Jacques Pauvert.](#)

[1854](#)

[3 de febrero](#)
[22 de abril](#)
[23 de abril](#)
[27 de abril](#)
[19 de septiembre](#)
[20 de septiembre](#)
[23 de septiembre](#)
[29 de septiembre](#)
[22 de octubre](#)
[10 de noviembre](#)
[10 de diciembre](#)
[17 de diciembre](#)

[1855](#)

[11 de febrero](#)
[18 de febrero](#)
[8 de marzo](#)
[15 de marzo](#)
[22 de marzo](#)
[29 de abril](#)
[Apéndice: Lo que dice la boca de sombra](#)

[Sobre el autor](#)

[Notas](#)

**LO QUE DICEN
LAS MESAS PARLANTES**

NOTA DEL EDITOR

El amable lector que adquiriera este libro incorporará a su biblioteca un objeto realmente singular. El texto que contiene es la transcripción de las veladas espiritistas familiares en las que Victor Hugo participó durante los años de su exilio en la isla de Jersey. Hugo tomó sus notas en unos cuadernos —cuatro cuadernos rojos, según ha trascendido— de destino azaroso: la colección completa no se ha recuperado, y las versiones parciales y fragmentarias se han ido sucediendo con formas diversas y suerte variada de mano de media docena de editores franceses, desde 1923 —primera publicación parcial de Gustave Simon— hasta hoy. Solo una vez se sabe que los cuatro cuadernos fueron exhibidos juntos en la Maison de Victor Hugo de París, en 1933 —es decir, hay constancia de que existieron—, pero después, misteriosamente, se dispersaron hacia no se sabe qué destino. Lo más curioso es que no ha perdurado ningún documento o archivo sobre dicha exposición, ni siquiera un catálogo de las exposiciones realizadas en aquellos años en la Maison.

Los cuadernos, o fragmentos y copias de los mismos, fueron regresando de la oscuridad a la luz pública de a poco y de forma anónima. En 1962, alguien sin identificar puso a subasta uno de los cuadernos, asegurando que lo había encontrado «en el granero de su abuelo». La Biblioteca Nacional de Francia se hizo con él. En 1972, de nuevo de forma anónima y secreta, un segundo cuaderno fue ofrecido a la Biblioteca Nacional. De los dos restantes, nada se sabe.

El presente volumen fue publicado en París en 1964 por el editor Jean-Jacques Pauvert, y recoge una selección significativa del contenido de aquel primer cuaderno aparecido dos años antes. En su introducción, el prologuista se refiere a tres en vez de a cuatro cuadernos, cosa que contribuye a la gran confusión existente acerca de su origen. Por si fuera poco, la edición de Pauvert no consta en ninguna de las bibliografías de las ediciones o artículos publicados al respecto, ni siquiera en la más reciente. *Le Livre des Tables* (Folio, 2014), que recoge en sus más de 750 páginas todas las transcripciones, copias y versiones de las sesiones habidas y por haber. Pauvert fue siempre un editor escurridizo y *sui generis*, que se hizo célebre en Francia por rehabilitar literariamente al Marqués de Sade, lo que le costó una contienda judicial de años con la censura francesa, de la que al fin salió victorioso.

Esta es pues una edición rara y perdida de un texto raro y perdido también. Quien firma estas líneas lo encontró «por casualidad» en un puesto de *bouquiniste* junto al Sena, un mes de abril de 2014, cinco meses antes de que falleciera Pauvert. El texto hugoliano —mágico y maravilloso donde los haya— ha tenido el poder de inspirar la creación de Wunderkammer y se ha ganado merecidamente el puesto número 1 de este «gabinete de maravillas» que de ahora en adelante esperamos compartir con usted.

E. R.

**Presentación de Jean Gaudon
a la edición de 1964, a cargo del editor
Jean-Jacques Pauvert.**

En septiembre de 1853, Madame de Girardin^[1], fanática de las mesas que en París llamaban «giratorias», fue a visitar a sus amigos los Hugo, exiliados en Jersey^[2], e intentó tan pronto como pudo convertirlos a su fe. De entrada fue un fracaso que Delphine explicó diciendo que «los espíritus no son los caballos de un carruaje que esperan pacientemente al burgués». Insistió. El día antes de su partida, tras varias infructuosas tentativas, consiguió realizar una última experiencia, en presencia de la familia al completo, incluido Auguste Vacquerie^[3], que tenía una mentalidad demasiado política como para no desconfiar de esta novedad que «les hacía perder el tiempo y distraía a París de otros pensamientos... como mínimo más urgentes». La sesión empezó mal. Nadie podía presentir, ante los primeros balbuceos de la mesa, que iban a penetrar en la era del milagro. Después, súbitamente, tuvieron la impresión de que había alguien ahí, hablando a través de la mesa, y de que esa sombra dulce y melancólica era Leopoldine, la hija bien amada, dormida desde hacía diez años en el cementerio de Villequier. ¿Cómo podrían no haberlo creído? Lo que siguió fue menos dificultoso y más extraordinario. Se presentaron Chénier, Molière, Esquilo, Shakespeare, dictaron versos. La Muerte, Jesucristo, abordaron grandes problemas. Jamás las mesas habían sido tan elocuentes.

La técnica adoptada era simple y laboriosa. Subían a la mesa un pequeño velador «de un solo pie terminado en tres garras». Dos personas —que yo imagino de pie, delante de la estufa— posaban sus manos sobre el trípode; otra hacía de secretario. Cuando la mesa accedía a hablar, daba una serie de golpes; a cada uno de esos golpes se le asignaba una letra del alfabeto. Cuando la mesa paraba, se escribía la última letra nombrada. Un método como este es poco satisfactorio: la mesa no se detiene siempre rotundamente sobre una letra, no separa las palabras. Se requiere mucho tiempo para decir pocas cosas, dado que en francés hay más *z* de las que uno creería. Si bien, es posible una leve simplificación, gracias a la codificación de algunas respuestas sencillas. «Sí» y «no», por ejemplo, se abrevian. Al consultarle por ciertas mejoras eventuales, la mesa de Jersey rechazó toda posible modificación básica del procedimiento: no quería que la equipasen con un cuadrante y una aguja, como las ruletas de las barracas de feria, y solo excepcionalmente permitió ayudarse de un velador de dibujo, más pequeño y provisto de un lápiz. Generalmente, las sesiones tenían lugar al atardecer, después de la cena, hasta bien avanzada la noche. Cuando el entusiasmo llegó a su punto álgido, las celebraban por la tarde, e incluso, en ocasiones, por la mañana.

Aquí está, a menudo, el mismo Victor Hugo, fascinado y crítico a partes iguales. Es un asiduo de las sesiones nocturnas, lo que contraría a Juliette Drouet^[4], a quien disgustan esas «diabluras» y se burla de la familia Hugo por «pescar peces muertos que los espíritus del otro mundo arriman a vuestra orilla». Al principio, él mismo se une a la mesa, pero los resultados son mediocres, prefiere el rol de secretario, anotando concienzudamente cada letra, aplicándose en discernir el final de las palabras. También anota sus observaciones, discute aquellos versos que le parecen imperfectos, reclama ásperamente lo debido cada vez que la mesa lo plagia. A veces, duda. Pero también hay momentos de fervor en los que es más fanático que nadie.

El otro secretario es Vacquerie, el escéptico de los primeros días, convertido en un creyente tal como para escribir a su amigo Meurice^[5]: «Te pierdes la única cosa por la que vale la pena vivir». Este entusiasmo no le impide resaltar algunas contradicciones, y hacer pasar a los espíritus un examen en toda regla, que lo satisface solo a medias. Entre los fieles está también Adèle Victor-Hugo^[6], demasiado dotada para lo religioso como para no dejarse seducir por toda manifestación de lo sobrenatural; la joven Adèle^[7], silenciosa y pasiva; el escéptico François Victor; algunos visitantes locales; ciertos amigos proscritos, cuya razón a veces se agita, que van a pasar la tarde para presenciar el misterioso fenómeno: Teléki, Kesler el incrédulo, Durrieu, Théophile, Guérin^[8]. Y, finalmente, Charles, el hijo mayor del poeta, escritor indolente que carga como puede el fardo del apellido, dotado fotógrafo y médium prodigioso. Su presencia es indispensable para que pase la corriente y que los espíritus accedan a manifestarse: si se ausenta, la mesa balbucea. Si Vacquerie o Madame Hugo deciden, desde la mañana, consultar a la mesa, arrancan al pobre Charles de la cama y lo arrastran hasta el velador. En el centro de todo, pero pasivo, como el perno en el centro de la rueda, está él, que, con su sola presencia, hace posible lo sublime.

Es decir, que el ritmo de las sesiones depende de aquel joven durmiente crecido. Desde el final de 1853 el entusiasmo ha disminuido y Vacquerie escribe a Meurice: «Charles es el único que tiene un torrente de fluido. Y tú sabes cómo se harta de todo. Durante una semana, día y noche, solo hemos hecho eso. Después hemos debatido las explicaciones; después de discutir nos hemos dividido; y, después, Charles se ha cansado. En este momento hay mar plana, calma extrema, indiferencia». Pero un poco más tarde, en enero de 1854, Vacquerie habla de «los maravillosos resultados que recomienzan». El éxito de la experiencia está evidentemente en manos de este médium ciclotímico, que impone su ritmo natural, hecho de altos y bajos, con puntas en diciembre de 1853, febrero

de 1854, a fines de abril y a inicios de mayo del mismo año. Hacia el fin del verano de 1855, en el momento en que el interés parecía debilitarse, sobrevino la tragedia: Jules Alix, que asistía en ocasiones a las experiencias, fue poseído por una furiosa locura, quiso matar a Charles y a Vacquerie. ¿Se trataba de lo invisible que prevenía que ciertas fronteras no pueden ser franqueadas? Cesaron el peligroso juego sin gran dificultad. Por otro lado, la idea de una revelación limitada en el tiempo estaba sólidamente anclada en el espíritu de Hugo. Se pusieron de nuevo a matar el tiempo jugando al *steepchase*.

Hasta aquí, nuestro conocimiento de las mesas ha sido bastante incompleto y transversal. Se había hecho un proceso verbal oficial, y Victor Hugo había deseado que fuera publicado después de su muerte. Según Meurice, que era entonces el depositario, ese proceso verbal llenaba tres cuadernos. Es a partir de aquel texto auténtico que Gustave Simon publicó, en 1923, los extractos conocidos como *Las mesas giratorias de Jersey*. Desde entonces, Paul Hazard, Maurice Levailant y Henri Guillemin fueron añadiendo a aquella edición parcial algunas páginas de interés desigual, extraídas generalmente del proceso verbal realizado sobre hojas sueltas, o de copias manuscritas más o menos antiguas. La existencia de esas copias no es ningún misterio; para matar el tiempo, o para tener el texto delante de ellos, los participantes tomaban sus propias notas. Otros enviaban algunos fragmentos a sus amigos. Se plantean dos grandes cuestiones: cuál era el grado de fidelidad de la publicación de Gustave Simon, y qué proporción del total se había hecho pública. En ausencia de los cuadernos originales, no podían más que quedar sin respuesta.

Hoy se ha reencontrado un cuaderno, y es gracias a su reaparición que podemos presentar algunos textos inéditos. En ellos reconocemos la escritura de Hugo, la de Vacquerie, la de Guérin. El dictado de la mesa se distingue claramente, dado que las separaciones entre las palabras y las frases son vacilantes, de las

preguntas o los comentarios de los participantes. Este cuaderno data del 3 de febrero al 24 de mayo de 1854 y corresponde a un período de una densidad excepcional, pues contiene los procesos verbales de una cuarentena de sesiones. En ellos volvemos a encontrar muchos textos ya publicados, más o menos integralmente, por Gustave Simon o sus sucesores. Nada excepcional, diríamos, si no fuera porque, el 27 de abril, Shakespeare empieza a dictar un drama. ¿Inédito? No del todo.

En 1954, Maurice Levailant había publicado, bajo el título de *Un prólogo místico*, lo que designaba como el primer acto de un drama desconocido de Victor Hugo. No había visto el manuscrito, pero había tenido en sus manos una copia hecha por Madame Daubray, que había sido la secretaria de Paul Meurice, y después de Gustave Simon. Como apéndice, incluía un breve análisis de los otros tres actos de ese drama incompleto y se lamentaba de la desaparición del resto. Con ese prólogo, el *Teatro en libertad*^[9] se enriquecía con algunas páginas siderales. Únicamente podríamos lamentar que Maurice Levailant, publicando un solo extracto, nos hubiera privado arbitrariamente de la posibilidad de juzgar.

En mi caso, fue gracias a la amabilidad de Madame Langlois-Berthelot^[10] que pude conocer el drama inacabado. Se trataba de un episodio imaginario de la vejez de Louis XV. Habiendo arrancado de los brazos de su marido a la joven Nihila el día de su boda, el viejo rey libertino estaba condenado, para salvarse, a rescatar a sus dos víctimas. Junto a los personajes humanos, en el diálogo entre el Cielo y el Infierno aparecían los muebles de la habitación real, los clavos del ataúd.^[11] La atribución a Hugo, con la única prueba de este documento, presentaba serios riesgos. Había en él palabras sorprendentes, ideas fulgurantes, y uno pensaba a veces en ese Satán perdonado en el que Hugo trabajaba y que iba a convertirse en *El fin de Satán*^[12]. Pensábamos también en la obra de teatro *El bosque húmedo*^[13] en la que Hugo hace dialogar a objetos ordinariamente inanimados y que data precisamente de la primavera

de 1854. Desafortunadamente, había que atravesar áreas desérticas y si, rigurosamente, se podían imputar a la copista algunos errores, parecía difícil que un texto de Hugo, incluso en su primera escritura, pudiera ser tan desigual. La reaparición del cuaderno disipa toda duda: ese drama había sido dictado por la mesa.

El texto del cuaderno reencontrado se detiene en el mismo punto en que se interrumpe la copia de Madame Daubray. ¿Le permitiría el descubrimiento de otro volumen completar el drama inacabado? Lo dudo. Puesto que, ¿por qué Madame Daubray, que parece haber tenido entre sus manos la totalidad de las transcripciones de las sesiones, se habría limitado a copiar de nuevo un texto parcial? Así, cada uno terminará el drama a su manera. Hugo, que se había negado a conocerlo para mantenerse libre en su creación, le dio sin embargo, sin saberlo, diversas prolongaciones. *El fin de Satán*, que debía terminarse con el perdón de Dios al supremo culpable, es una de ellas. ¿Y no es acaso Zabeth, el segundo «hallazgo de Gallus», la dolorosa y brillante hermana de la insulsa Nihila de nuestro drama? Ante estos estrechos vínculos que conectan la obra escrita con la dictada por la mesa, hay varias actitudes posibles. Yo, simplemente, elegí maravillarme.

Estas «mesas parlantes» no tienen buena prensa. Las confusas explicaciones de Gustave Simon, en quien algunas oscuras frases de Flammarion substituyeron a la ciencia y a la imaginación, no facilitaron precisamente el acceso a este libro asombroso, y comprendemos que André Breton, que no profesa más que sarcasmo hacia la literatura espiritista, haya proclamado su aversión. En efecto, toda la terminología utilizada por la familia Hugo presupone la existencia de espíritus, que servirían de vínculo entre un más acá y un más allá, encargados de iluminar a los elegidos sobre cuestiones que habitualmente se escapan de la investigación humana. No dudamos en hablar de una religión del porvenir fundada sobre las revelaciones recogidas, que superaría y substituiría al cristianismo. Poseemos el humilde orgullo de los profetas. El Hugo

poeta teme que sus obras póstumas sean reducidas a la insignificancia por la publicación de verdaderos dictados del infinito al Hugo fundador de una religión. Tememos el ridículo, un poco por amor propio, un poco por política, un poco también por reverencia hacia esos espíritus complacientes a los que no queremos exponer al escarnio. De ahí la idea, totalmente natural para los elegidos de toda verdad revelada, de probarlo a través del milagro: pequeños milagros personales destinados a alimentar la fe del grupo, del tipo: «adivina en qué pienso»; grandes milagros orquestados poderosamente para derrotar a los burladores. Nada de apariciones, siempre contestables, sino sólidas realidades. «No habría más que un medio material de probar este hecho moral, y sería pedir a estos entes misteriosos que nos confiesen tres secretos. El secreto de curar la rabia, el secreto de dirigir los globos aerostáticos, y el descubrimiento de un yacimiento de oro en Australia. Se trataría de enviar las tres cosas en un pliego sellado a la Academia de las Ciencias y de decir: “Vamos a publicar un libro, dictado por las mesas, las mismas a las que hemos pedido tres secretos que encontraréis escritos en estos pliegos sellados. Si los tres secretos son hallados, nuestro libro será verdadero, si los tres secretos no son descubiertos nuestro libro será erróneo”». En esto consiste el componente pasivo de la operación.

Podríamos pues preguntarnos si, históricamente, la esperanza en una comunicación con el más allá no era la condición *sine qua non* de la experiencia, y si, para los participantes, la creencia en los espíritus no era su única justificación posible. Hemos aprendido a coquetear con lo oscuro sin hacernos demasiadas preguntas. Ahora que el inconsciente ha irrumpido en el imaginario público, podemos seguir su contradictorio itinerario sin agotarnos demasiado. Pero, ¿desde cuándo? Lo que dijo Bergson del sueño haría sonreír a un lector del *Reader's Digest*. Más de medio siglo antes de la Energía espiritual, el *bric-à-brac* espiritista, el delirio de la metempsicosis en Nerval, son el precio que hay que pagar para atestiguar que el sueño

es una segunda vida. Es lo que se llama en términos de mobiliario un «estilo».

Cuando se trata de sofás o cómodas, la palabra estilo es clara, pero, en literatura, se ve ensombrecida por consideraciones subjetivas. Hay sin embargo algunos casos en que habría que hablar del estilo de una página escrita igual que se habla de la encuadernación. La mesa que habla en una isla de la Mancha, a mediados del siglo XIX, no emplea el mismo lenguaje que los soñadores despiertos de los años surrealistas y posfreudianos. No es que esta fuera incapaz, en absoluto. Los textos parecidos a los que cita Breton en «Entrada de los médiums^[14]» no son en absoluto desconocidos para los zahoríes de Jersey, pero se los tiende a descartar por incomprensibles o decepcionantes, a menos que se integren en una trama retórica. Cuando el León de Androcles responde a una pregunta con la palabra *fecoil*, y Hugo le pide: «¿Qué quiere *decir fecoil* en la lengua de los leones?», nadie piensa en maravillarse ante la respuesta: «La luna me molesta». Para una sociedad en que incluso las creencias más enloquecidas están lógicamente articuladas y en la que la sintaxis se mantiene firme, la incoherencia y el humor son fácilmente interpretables como signos de mistificación. Nosotros nos fundamentamos en otro tipo de prejuicios. El velador de Jersey, demasiado tímido para nosotros, se ha convertido en sospechoso. Debido a una curiosa paradoja, nosotros que nos volcamos con pasión sobre todo lo que en el pasado puede iluminar nuestro presente, esperamos de la «poesía involuntaria» la atemporalidad que negamos a la «poesía intencional». ¿Por qué no habría de tener aquella una historia de sus estilos sucesivos?

Este término de *poesía involuntaria* puede parecer arriesgado. Los textos dictados por la mesa son al parecer demasiado hugolianos, en sus obsesiones o incluso en sus tics de escritura, para que sea aceptable ver en ellos el fruto de una actividad inconsciente. Las cosas, no obstante, no son tan simples. Hugoliano, el texto no lo

es más que hasta cierto punto, y podríamos criticar tanto las diferencias como las semejanzas. En las revelaciones espiritistas, encontraremos sin dificultad procedimientos retóricos o elementos temáticos que en la obra poética del exilio juegan un importante papel. Hallaremos también lo esencial de las ideas familiares al profeta de *La boca de sombra*^[15] (pero, ¿quién tiene aquí la prioridad?). Admitido esto, queda todo lo que Hugo, en esta fecha, no habría podido escribir voluntariamente: esas variaciones de la imagen que, sin ninguna preparación, colisionan con los términos más alejados, despreciando las leyes ordinarias de la asociación. Ciertamente, Hugo, no carecía de audacia. Pero no podemos decir que haya roto jamás con esas leyes: las metáforas más emancipadas, las más aparentemente gratuitas, están siempre conectadas por él con un sistema metafórico general que las justifica. Con frases como: «El astro con cola repta por la tumba celeste». O: «El día es el espejo de las máscaras, la noche es el espejo de los rostros», franqueamos claramente el umbral más allá del que Hugo no podía aventurarse conscientemente, para atañer a una libertad verbal específica, que se recreará en los admirables monólogos de la Muerte, de Jesucristo, de Galileo o de Platón.

¿Por qué entonces asombrarnos ante el hecho de que estas mesas sean hugolianas? Ellas lo son igual que la escritura automática de los años heroicos es surrealista. Cuando Breton afirma que los centenares de cuadernos que ha tenido entre sus manos son dignos, no hace más que atestiguar la permanencia y la coherencia de ciertas estructuras imaginarias en el seno de un grupo dado, en una época concreta. No se trata de la igualdad de todos los hombres ante la poesía. Baudelaire, parafraseando a de Quincey, decía, con humor: «Para juzgar las maravillas del opio, sería absurdo referirlas a un vendedor de bueyes, dado que este soñará solamente con bueyes y pasturas».^[16] Albergo serias dudas de que los cuadernos de que habla Breton hayan sido escritos nunca por vendedores de bueyes.

No se trata de disipar el misterio. Todo aquel que se haya volcado en las numerosas «explicaciones» dadas aquí y allá por los defensores del espiritismo y por sus adversarios no puede más que renunciar a pasear en estas tinieblas la luz de la razón. El acercamiento a la escritura automática que hemos esbozado no tiene otro objeto que recordarnos que nos encontramos en ambos casos en presencia de una pasividad misteriosa mediante la que algo se escribe. Llevar más lejos el paralelismo no tendría ningún sentido. En toda forma de escritura en que «el sueño de la conciencia o al menos su adormecimiento» son la misma condición de su éxito, las modalidades técnicas cobran una importancia capital, dependiendo el interés de los resultados, en gran parte, del modo en que hayan sido eliminados lo que podríamos llamar «rozamientos». Cuando la mano de Desnos dormido corre libremente sobre el papel, dichos «rozamientos» son relativamente débiles. Cuando Charles Hugo alza durante horas un velador golpeador, estos son considerables. Esto contribuye tal vez a explicar que estas palabras no sean infalibles. Sea cual sea la honestidad de la experiencia, el peso, los hábitos de pensamiento y escritura, la preocupación por la coherencia... son un gran fardo. Hay sesiones irrisorias en que se interrumpe constantemente a la mesa, en que se busca clarificar su discurso, en que uno se obliga a ponerla en contradicción con ella misma. Pero la insoportable presión de los detentores de la razón cede, y la palabra se hincha, retruena, se hace torrente fangoso en el que atrapamos algunos diamantes negros al pasar. De este modo, ella desborda el marco histórico y deviene realmente profética, inaudita. Le aconteció a Victor Hugo —ahí residía su debilidad— el lamentar que el mensaje de las mesas no pudiese convertirse en una ciencia y quedase como un deslumbramiento. Nosotros estamos hoy mejor provistos para comprender que la cuestión no se planteaba así. Demos las gracias al gran médium Charles Hugo por haber sabido liberar, en tanto que en él estaba, la palabra anónima.

3 de febrero de 1854.

Por la tarde, Shakespeare dicta versos.

**Al final de la sesión, se entabla un diálogo
entre Auguste Vacquerie y la mesa.**

Vacquerie —*Shakespeare, déjanos pedirte una cosa inmensa. Venís a nosotros para hacer avanzar al género humano. Este libro que nos dictáis agitará sin duda los pensamientos. Pero hay algo aún más poderoso que el razonamiento del libro, y es la emoción del teatro. En él, todos son poseídos por ella, tanto la masa como la élite, el que no sabe leer y el que sabe escribir. Basta con tener ojos para llorar. El libro es el espíritu de lo verdadero; el drama el cuerpo crucificado y sangrante; el dios que nos hace tocar sus llagas. Tú lo sabes, tú que haces sangrar a Otelo a través de los siglos. Y bien, ¿quieres dictarnos un drama? Tal vez será para ti una gran fatiga. Una enorme, seguro, para nosotros. Pero toda fatiga nos será cara para sumar un hermano y un colaborador a este grupo eterno de los civilizadores de la emoción que llamas Otelo, Hamlet, Lear, Romeo, Ricardo III. ¿Quieres?*

—Sí.

—*Gracias. Los días y las horas que tú quieras serán los mismos que los nuestros. Lo dejaremos todo por este drama de ultratumba.*

—Es necesario que lo haga.

—*¿En cuanto tiempo podríamos empezar?*

—Un mes.

—¿Dentro de un mes, lo habrás preparado de tal manera que podrás dictárnoslo normalmente, sin vacilaciones y sin esas reanudaciones que lentifican la improvisación de tus versos? ¿O te tomarás un mes para encontrar y elegir la idea, y aún hará falta que improvises la expresión de la idea y de las figuras, las escenas y los versos?

—La creación tiene dos fases, la invención y la ejecución. Colón encuentra América en una noche, pero necesita meses para conquistarla. El mar, el viento, la tempestad quieren a cada momento robarle su mundo, es decir, su hijo. Y más que el mar, más que el viento, más que la tempestad, son los marineros los que conspiran contra él. Pues bien, las palabras son los marinos de la idea, la sirven y se rebelan contra ella. El estilo es la espuma del espíritu, tiene que subir a todas las cuerdas, a todos los aparejos, a todos los mástiles del pensamiento majestuoso en plena mar.

Las dos de la madrugada.

22 de abril de 1854.
Las cuatro de la tarde.
Charles y Madame Hugo conducen la mesa.
Están presentes: Guérin, Victor Hugo.
Escritura de Victor Hugo, después de Guérin.

Como preludio al drama. La música del Océano.

Victor Hugo —¿Hay alguien ahí?

—Sí.

—Antes de decir quién eres, ¿me permites una cuestión? —Sí.

—La mesa compone versos, y muy bellos. Nos parece que también puede componer música. La música es, como la poesía, un soplo del pensamiento. ¿Puedes hacer música?

—Sí.

—¿Necesitas que M. Guérin te explique su sistema de notación?

—No.

—¿Lo sabes sin que nadie te lo haya explicado?

—Sí.

—¿Quieres decirnos tu nombre, antes de empezar? —Sí.

—Habla.

—Tu vecino.

—¿Qué entiendes tú por eso?

—El Océano.

—No puede haber nada más bello que una melodía para una revolución hecha por el océano. Te escuchamos. Guérin —¿En clave de sol?

—Sí.

M. Guérin escribe, siguiendo su sistema de notación, bajo el dictado de la mesa. Victor Hugo sale, luego entra.

Victor Hugo —Pienso que la música que tú dictas separará las palabras en estrofas y el estribillo o coro, de manera que podamos cantar esta Marsellesa a las masas igual que la otra. Para que yo por mi parte no pueda cometer ningún error, quieres indicarme tú mismo:

Primero. ¿De cuántos versos se compone la estrofa? Segundo. ¿Cuál es la medida de esos versos? Indícala un verso tras otro. Así, por ejemplo: primer verso, 5 sílabas, rima femenina; segundo verso, mismo número, rima masculina; tercer verso, 12 sílabas, rima femenina, y así sucesivamente hasta el fin de la estrofa. Tercero. Dame las mismas indicaciones para el estribillo.

Respecto a estas cuestiones leídas a la mesa, esta dice que no puede responderlas más que después de haber dictado el aria. Victor Hugo sale.

Guérin —¿Cómo quieres llamar a tu pieza musical? —Mi sonido.

—¿Cómo debe llamarse para aquellos que deben cantarla?

—La tonnante.

23 de abril de 1854.
Las dos y media del mediodía.
Charles y Madame Hugo lideran la mesa.
Están presentes: Guérin
y después Victor Hugo.
Escritura: Guérin y a continuación
Victor Hugo.

Mme. Hugo —¿*Eres el Océano?*

—Sí.

Guérin —*Tu fragmento, tal y como nos lo dictaste, no tiene ningún sentido. Nos hemos equivocado escribiéndolo. ¿O debemos introducir algunos cambios?*

—Cambiar.

—¿*El qué?*

—La clave.

—¿*Qué clave hay que usar?*

—Fa.

—¿*En qué línea?*

—Dos.

—¿*Es correcto el método que hemos seguido?*

—Sí.

—¿*Era necesario utilizar los medios indicados por Madame Hugo?*

—No.

—¿*Podrá este fragmento ser cantado tal y como está?*

—Sí.

Mme. Hugo —*¡Háblanos!*

—A daffo... (confuso)

Entra Victor Hugo.

Victor Hugo —*El aria que M. Guérin ha ensayado con la flauta no ha dado resultado. Acabas de decirnos que hay que cambiar la clave de sol por una clave de fa. En efecto, esto renueva el aria por entero. ¿Es este el único cambio necesario?*

—Quien dice poco ve mucho. El mar es el arte. El azur es la idea. La gota de agua es el espejo del inmenso astro. El filo de la hoja del océano es la cuerda de la gran lira. Las grutas marinas son las orejas siempre abiertas ante al músico que canta siempre. La inmensidad está llena de pájaros que, como estrofas sublimes, se posan sobre el poderoso órgano de Dios. El mar compone la música. El cielo las letras. El nombre del poeta es el amor, el nombre del músico es la potencia. Dios es el nombre de todo. Vosotros sois unos cretinos. Adiós.

Victor Hugo —*Te lo habíamos dicho, somos ignorantes; ignorantes en todo, y particularmente en lo que a música se refiere. Las palabras irritadas que nos diriges, a nosotros no nos irritan. ¿Quieres explicárnoslo?*

Movimiento de la mesa.

—Vuestra flauta agujereada con pequeños orificios como el culo de una marmota cagona me disgusta. Ofrecedme una orquesta, os compondré un canto. Tomad todos los grandes ruidos, todos los tumultos, todos los estrépitos, todas las cóleras de los sonidos libres en el espacio, el viento de la mañana, el viento de la tarde, el viento de la noche, el viento de la tumba, las tormentas, los simunes, los bises que pasan sus dedos violentos por las cabelleras de los árboles como seres desesperados, las subidas de las mareas en las playas, las desembocaduras de los ríos en el mar, las cataratas, las trombas, los vómitos de sonido del enorme pecho del mundo, lo que rugen los leones, lo que los elefantes tañen en sus trompas, lo que las

inaccesibles serpientes silban a través de sus anillos, lo que las ballenas resoplan desde sus húmedos espiráculos, lo que los mastodontes soplan en las entrañas de la tierra, lo que los caballos del sol relinchan en las profundidades del cielo, todo lo que la utilería del viento hace retronar en las cajas aéreas, lo que el fuego, las injurias que se lanzan el fuego y el agua, uno desde el fondo de su garganta volcánica, la otra desde el fondo de su garganta abismal, y dime: aquí tienes tu orquesta; crea la armonía con este sonido, crea amor con tus odios, crea paz con estos combates.

Sé el maestro de aquel que no tiene amo. Sé el conquistador de la inmensidad. Suministra el horror, calma la violencia, besa la crin de los elementos. Haz que los cuatro vientos miren el extremo de tu arco en lugar de la lengua de fuego de los rayos celestes, y concede la bendición del arte a esta unión inmensa de las fuerzas de la naturaleza, qué se arrodilla ante ti. Celebra las nupcias de los novios de la creación, el cielo y la tierra, que desde hace seis mil años se miran con amor, y sé el sacerdote de la majestuosa iglesia, pero no me digas que cree música con vuestra flauta.

Victor Hugo —*Somos, lo sabes, proscritos, y habituados a las tempestades. Tu cólera es una de ellas. La encontramos bella, la admiramos. Sin embargo, permítenos unas palabras dentro de este huracán. Te indignas contra nuestro amigo Guérin. No nos parece culpable. No podemos darte la orquesta que quieres. Ayer consentiste lo que te pedimos. Nos dictaste una música y sabes bien, tú que debes ver las consciencias, que no dudábamos que fuera inmensa y contuviese todo lo que tu nombre es, Océano. Pero nos faltan los medios para ensayar esta música. Aquí no hay más que un piano, y si solo hay una flauta, nuestro amigo no tiene la culpa. Los más grandes músicos de la tierra —no digo del mar— se permiten ensayar con estos instrumentos miserables. ¿Quieres tú también contentarte con estos? No podemos creer que estés irritado seriamente con nuestro amigo. ¿Quieres continuar lo que empezaste, la Marsellesa de la revolución futura? Habla.*

—Tengo muchas ganas de satisfaceros pero no disponéis de los medios para anotar mis músicas. Es necesario conocer el lenguaje de las cosas para comprender a los seres que como yo no tienen forma aparente. Así, las flores ven las almas. Dialogan los perfumes y las esencias. Una rosa habla a una muerta, y un tiesto de jazmines conversa con el cielo entero. La música que ayer intenté dictaros es bella, pero le falta el acompañamiento. El piano que haría falta no entraría en vuestra casa. No tiene más que dos teclas, una blanca y una negra, el día y la noche, el día repleto de pájaros, la noche repleta de almas.

Victor Hugo —*Ayer consentiste. ¿Por qué ayer dijiste que sí?*

—Cálmate.

Mme. Hugo —*No es una respuesta.*

—La música está hecha.

Mme. Hugo —*Si está hecha, ¿qué parte podemos aprovechar de lo que has dictado?*

—Buscad.

Mme. Hugo —*¿Está igual que M. Guérin la ha escrito?*

—Habría que arreglarla con un músico humano. Hablad con Mozart cuando lo veáis.

Victor Hugo —*¿Puedes enviarnos a Mozart?*

—Sí.

Victor Hugo —*¿Podría venir esta noche?*

—Hay un modo: poned la mesa delante de un piano: ella golpeará las teclas y podréis anotarlos.

Victor Hugo —*¿Es Mozart el que vendrá a dirigir la mesa, o es tu espíritu que, permaneciendo en la mesa, la moverá?*

—Mejor Mozart. Yo soy ininteligible.

Victor Hugo —*¿Quieres pedirle a Mozart que venga hoy a las nueve?*

—Se lo haré decir a través del Crepúsculo.

Son las cinco y cuarto.

Retomado a las seis.

Están presentes: Guérin, Charles Hugo, sostienen la mesa los dos.

Charles Hugo escribe.

Charles Hugo —*¿Quién está ahí?*

—El Drama.

—*¿Tienes algo que decirnos?*

—Sí.

—*Habla.*

—Os anuncio que el drama de Shakespeare está terminado.

Entra Auguste Vacquerie.

—*¿Cuándo vendrá Shakespeare a dictárnoslo?*

—El jueves.

—*¿A qué hora?*

—Las ocho.

—*¿De la tarde?*

—No.

—*¿De la mañana?*

—Sí.

—*Pero se nos había dicho que las almas no podían venir a visitarnos más que a la noche.*

—Yo haré la parte del día, él hará la de la noche. Yo haré la prosa, él los versos.

—*Te agradecemos que hayas venido a traernos tan gran noticia. ¿Tienes algo más que decir?*

—Conversemos.

Entra Madame Hugo.

—*¿Nos dictarás tu parte todos los días?*

—Si queréis.

—*¿Serán hombres como nosotros los personajes del drama que nos dictarás? ¿Se emocionarán con las mismas pasiones?*

—No.

Guérin —*Hace tiempo ya que estoy preocupado por las revelaciones que nos hacen los espíritus, anunciándonos los sucesos*

del porvenir, y la época fija, fatalmente, en la que tendrán lugar. Así, el alma de Bonaparte dormido predijo la revolución, el castigo que lo golpeará y el momento de su muerte. Marat, Robespierre, nos anuncian la revolución para 1855. Charlotte Corday, diciéndonos el futuro, asigna un rol a Blanqui, y añade que será de corto plazo. Finalmente, la madre de Durrieu le anuncia el día de su llegada a España. ¿Qué debemos concluir de esos consejos dados por los muertos? ¿Que les es revelado el porvenir? ¿Que este ya está previamente organizado y determinado, sin que podamos hacernos cargo o impedir las catástrofes o los hechos felices que nos son anunciados? Entonces, desaparecida la responsabilidad, ¿cómo explicar el bien, el mal, el castigo, la recompensa? ¿O acaso esas revelaciones se deben simplemente a una facultad de apreciación que poseen los espíritus y que les permite ver más claramente que nosotros los sucesos previstos, a los que entonces les pueden asignar un término?

—¿Conocéis la ley de los presentimientos? Guérin —No.

—Lo que el hombre hace, vive. Una acción es un ser. Una acción es un reflejo. Una acción se ve como un cuerpo. La presciencia de Dios no es otra cosa que la visión de las acciones humanas en un espejo que como un telescopio posee la facultad de aumentar lo que refleja. Así, el pasado va, viene, se agita libremente. Solo el movimiento que va a hacer se agita un segundo en el espejo. Ahora bien, como el tiempo es uno y para Dios los segundos y los siglos se confunden, sucede que el segundo anterior, o el millón de siglos anteriores, la acción futura de la vida humana, estaban ya presentes en el espejo divino. Las acciones son seres vivos provistos de un aparato luminoso que brilla hasta las profundidades del espejo, antes incluso de que la acción haya surgido del cuerpo humano. El fenómeno de los presentimientos, que se parece al milagro de la presciencia divina, procede de ahí. Así, llegáis a adivinar lo que va a suceder. Es que habéis pasado sin dudarlo delante del espejo misterioso y habéis percibido el relámpago del reflejo de la acción

invisible. Cuando un hombre medita sobre un objetivo, hay momentos en que se siente observado fijamente por su proyecto. Su proyecto se convierte en su amigo, su compañero y su consejero. Bonaparte, del que hablabais ayer, tuvo como camarada al 2 de diciembre durante toda su vida. Es el 2 de diciembre el que jugaba con él cuando era niño. Es el 2 de diciembre el que ponía encima de sus rodillas cuando cogía al pequeño Louis. El 2 de diciembre lleva en la frente los besos de Austerlitz. Es el 2 de diciembre el que le recitó en Ham el monólogo de Charles Quint. Es el 2 de diciembre el que lo hizo huir de la prisión. Es el 2 de diciembre el que le sostuvo la linterna sorda mientras entraba en Francia volviendo de Londres. Es el 2 de diciembre el que le prestó las esposas que Francia tiene en sus manos. El 2 de diciembre no es el crimen de Bonaparte, es su cómplice, el crepúsculo.

Cerrado a las siete y media.

Jueves 27 de abril de 1854.
Ocho y cuarto de la mañana.
Están presentes: Charles Hugo y Théophile Guérin.
Secretario: Auguste Vacquerie.
Madame Hugo entrará después de las
primeras réplicas.

—¿Quién está ahí?

—El Drama.

—¿Vienes a dictarnos el drama de Shakespeare?

—Sí.

—Comienza.^[1]

ACTO PRIMERO

(El cielo estrellado. Noche serena. Brillan los astros. Su brillo murmura palabras misteriosas. De golpe, dos de esas estrellas manifiestan un extraño desarrollo y se vuelven enormes; y como si los anteojos de los espectadores se hubieran convertido en telescopios mágicos, todos ellos escuchan surgir estas palabras de los dos globos monstruosos).

La estrella de abajo (*a la estrella de arriba*). Buenos días, paraíso.

La estrella de arriba

Sigue tu camino, infierno.

La estrella de abajo

Nada de cólera si quieres que te creamos dichosa.

La estrella de arriba

Vete del cielo.

El infierno

Aquí estoy bien. Dios luce para todo el mundo; Dios no es de tu propiedad. Soy el reverso de la medalla del que tu eres la otra cara. Yo soy la efigie castigo, tú eres la efigie clemencia.

El paraíso (*sin oír al infierno*).

¡Oh resplandor! ¡Oh esplendor! ¡Oh luz!

El infierno

¡Oh Tinieblas!

El paraíso

¡Dios sonrío!

El infierno

Dios amenaza.

El paraíso

¡Qué feliz es el hombre! ¡No más mal! ¡No más sangre! ¡No más lágrimas! El hombre es una flor inmensa cuya raíz se hunde en la luz y que tiene tantos pétalos como besos la boca de Dios. La inmensidad, la eternidad le parecen sedosas como una mantilla. Duerme tranquilo y sonriente en los dos brazos de Dios. Por la mañana, amanece en la alegría, por la noche se duerme embelesado. El enorme Dios de los abismos, de las tempestades y de los vientos se convierte en el padre prendado de su hijo y se muestra tan tierno, tan entregado, y tan dulce que los hombres le dicen: ¡madre! La creación esconde todas sus garras y es toda caricias.^[2]

Los elementos se apaciguan: el aire, el agua, la tierra, el fuego, esos cuatro viejos enemigos del hombre, lo cubren de amor y felicidad. El aire no contiene más tempestades, el agua no contiene más naufragios, el fuego no contiene más incendios, la tierra no contiene más sepulturas; las hidras y los dragones furiosos que se agitaban en las ondas y las llamas se han transfigurado y se han convertido en figuras celestes; los rechinares de dientes se tornan sonrisas; las lágrimas, rocío; el vacío se torna plenitud, y miro huir

hacia las tinieblas y las soledades el Caos y el espectro de la Nada, los dos sombríos, conversando, refunfuñando, maldiciendo estupefactos. El rosal ya no tiene más espinas y se siente alma; la misma espina se ha transformado en brote, y la desdicha que se encaramaba a los globos como un repulsivo insecto, ha sentido transformarse en alas sus mil patas monstruosas, y esta crisálida de la expiación ha alzado el vuelo hacia la claridad; mariposa de la dicha. ¡Oh cardo, ahora eres flor! ¡Oh escorpión, ahora eres pájaro! ¡Oh cangrejo, ahora cisne! ¡Oh cisne, ahora mujer! ¡Oh mujer, ahora ángel! Naturaleza llena de misterios, de tinieblas, de reflejos de luna, de estanques silenciosos, de maleza, de claros, de rocas, de bosques, de abismos, de tumultos, de obras secretas y profundas, de hormigueos, de partos. ¡Oh naturaleza velada, naturaleza enmascarada, naturaleza escondida, ahora desnuda! ¡Mentira, ahora eres verdad! ¡Volcanes, ahora sois cimas! ¡Tinieblas, ahora sois deslumbramiento! ¡Muerte, ahora vida! ¡Y dentro de las órbitas de los cráneos resucitados para la eternidad, y transformados de repente en luminosos y brillantes, oh gusanos de la tumba, ahora transformados en rayos celestes! [3]

El infierno

Mientes, paraíso. Todo llora y todo sangra; todo es crimen y todo es sufrimiento; no hay millones de estrellas en el espíritu humano, no hay más que dos lunas, la luna bizca y la luna ciega, la luna traición y la luna miseria, el astro Judas y el astro Job. El pájaro humano tiene uñas en sus alas, el nido humano es un estercolero, el cielo humano es un antro de tinieblas. El horror está por todas partes. El remordimiento es la nube roja donde el sol se pone, y su carro es una carreta de cadáveres. La inmensidad es una máscara de verdugo, la eternidad es un peso que en su implacable oscilación golpea y quiebra la débil razón del hombre, y el péndulo del infinito resonando en el cráneo humano lo llena y lo sumerge en su flujo y reflujo como la marea de un océano de sollozos. Pues toda hora, todo minuto, todo segundo es un grito de dolor, la aguja del siempre

girando hacia una hora nocturna. Mira. ¡Qué oprobio, qué vergüenza! El hombre es malvado, la bestia es malvada. Los cuatro elementos son cuatro miserables. El aire hace devorar las palomas a los buitres, el agua hace devorar a los grandes peces los pequeños, el fuego hace devorar a los volcanes las praderas, la tierra hace devorar a los lobos los corderos. Las cosas cometen acciones más infames que el hombre. Las zarzas aspiran a pinchar, las plantas aspiran a temblar bajo la tormenta, las tejas aspiran a caer. Las puertas desean a las mazmorras, los pozos desean a los astrólogos, el manzanillo desea al viajero, el hierro desea la sangre, el cobre desea el verdete de los suicidas, el oro sueña con la prostitución. Los abetos se ven en sus sueños convertidos en mástiles. Las piedras se ven como torreones. Los robles se ven como horcas. La esponja, escondida en el fondo del mar donde Jesús pesca con los apóstoles, piensa en la hiel del calvario. La cicuta, oculta en el fondo del jardín donde Sócrates pasea junto a sus discípulos, lo mira con cólera, y los venenos del laboratorio de Locusta piensan en Nerón. La naturaleza es horrible. Las mandrágoras sombrías, los pálidos eléboros, las lánguidas adormideras con los horrendos hongos y estas plantas de la noche conspiran contra el hombre. Una dice: «Yo soy el narcótico». La otra dice: «Yo soy el veneno, icallémonos! ¡Monstruosos! ¡Monstruosos! ¡Monstruosos!». Y las pestes, las fiebres, las enfermedades, las epidemias, los cóleras, pasan agitando el ala en este cielo de crímenes. El hombre se remueve en este infierno, no para mejorarlo, sino para empeorarlo. Todas sus acciones son fechorías. Se diría que el crimen es uno de sus músculos. Él camina, es crimen. Él se para, es crimen. Él se despierta, es crimen. Él se acuesta, es crimen. Niño, mata a los pájaros. Hombre, oprime a las mujeres. Viejo, mata las ideas nacientes. Su cuna es un nido de búhos, donde la noche incuba el día, donde la muerte incuba la vida. La niñera de la humanidad tiene dos mamas: la miseria y la ignorancia. El recién nacido es envuelto con pañales de sombra. Él mama el amor en el odio, la fe en la

ironía, el bien en el mal, y es mordiendo a Dios como él mama la vida. Una mitad de la sociedad humana es egoísmo, la otra es envidia. La cima es el fango, la base la sangre. El reptil monstruoso se enrosca en la columna del templo y silba contra el techo estrellado. Los poetas cantan a los reyes, y cuando la Pompadour ha terminado de besar las úlceras de Louis XV, Voltaire viene a mendigar la sonrisa de esos besos. La ciencia, que cree encontrar remedios, encuentra males. Colón, que cree encontrar América, encuentra una enfermedad. Franklin, que cree descubrir el pararrayos, indigna al rayo. Fulton, que cree descubrir el vapor, descubre explosiones. Gutenberg, que cree descubrir la imprenta, descubre las guerras civiles y las revoluciones. El mal se genera en el bien. La mano que escribe un pensamiento útil, no sabe realizarlo. Los catequismos simulan los Evangelios, y la Iglesia hace de la limosna, falsa moneda que presta a Satán. ¡Oh formidables garras del crimen! Ella sostiene entre sus zarpas el cráneo del mundo y para impedirle ver y oír, le hunde dos uñas en los ojos y dos uñas en las orejas. Y bien, paraíso, tienes razón, ¡huyamos! ¡Huyamos! ¡Huyamos! El cielo es demasiado luminoso para mí. Venid bajezas, venid infamias. Y dado que el cielo de la gloria no quiere saber nada de nosotros, ¡dejémoslo, y vayamos a buscar a través de los espacios, para girar eternamente y para ser el sol, el negro firmamento de la infamia! [4]

El paraíso

¡No eternamente!

El infierno

¿Qué?

El paraíso

El perdón es la palabra suprema. La sombra de la mano de Dios es el castigo, pero su gesto es siempre la bendición.

El infierno

Oh paraíso, ¿es posible pues que yo sea perdonado? ¿Es posible pues que mis crímenes, que rugen en la sombra, puedan algún día,

dentro de mucho tiempo, lamer los pies del Señor? ¿Es posible pues que mis malditos sean un día recibidos en la sonrisa de Dios? ¿Es posible que las dos pinzas de las tenazas de Satán se conviertan en los dos labios de la boca de los ángeles? No, me engañas. La sombra es la sombra. La noche es la mirada monstruosa del ojo reventado: la aurora es la mirada amorosa y el ojo resplandeciente. Las tinieblas están condenadas, las tinieblas están malditas, las tinieblas están olvidadas; el cielo negro es una muralla, la mazmorra donde se sentirá eternamente el ciego tanteo de los castigados astros. ¡Oh paraíso! No te creo, pero solo con oírte hablar del perdón, yo, el envidioso, yo, el malvado, tengo grandes lágrimas en los ojos. La parte inferior del cielo perdonada por las alturas, el fango perdonado por la luz, los pies mancillados lavados por manos puras de serafines alados, el manantial besado por el pájaro, eso no es posible.

El paraíso

Sí.

El infierno

¿Cómo? ¡Dilo, rápido! ¡Oh! ¡Ser perdonado! ¡La eternidad desarmada! ¡Tener Dios! ¡Habla, rápido! ¡Oh mi dulce hermano!

El paraíso

Hay un medio.

El infierno

Dilo rápido.

El paraíso

Tú que incubas criminales. Toma al más culpable, al más perverso, al más infame y haz de él un justo. Si logras, tú, infierno, sin ser ayudado por un paraíso, hacer un ángel de un demonio, tú serás perdonado.

El infierno

¡Oh dicha! Mi dulce hermano ¿cómo podría agradecértelo?

El paraíso

Hacer un ángel.

(En ese momento, empieza a despuntar el día. Las últimas estrellas se apagan y los dos astros empalidecen en las blancuras del alba. No han parado de hablarse, pero sus voces, como las de dos conversadores que se alejan, ya no alcanzan a los espectadores. Finalmente, se desvanecen completamente y aparece el sol. Cae el telón).

(Un pueblo en los alrededores de Versalles. Un bonito paisaje. A la derecha un albergue con esta enseña: «A Luis el bienamado». A la izquierda, una casa de campesinos, resplandeciente de jlores y como de fiesta. Al fondo, una cabaña y una iglesia. Es por la tarde. Entran dos hombres con abrigos, sombreros bordados en oro, espadas que sobresalen del borde de los abrigos. Cabellos empolvados).

Primer hombre

¿Estás seguro que vale la pena verla en la cama? Espero que no me hayas molestado para nada.

Segundo hombre

Ella es encantadora, señor.

Primer hombre

¿Qué edad?

Segundo hombre

Quince años.

Primer hombre *(bostezando)*.

Es algo antiguo. El ángel del amor es el mismo eternamente. ¡Quince años! ¿Por qué quince años? Decididamente, el idiota que ha hecho a los malvados no tenía imaginación. Me vienen ganas de coger flores tiernas y frutas por germinar. Tengo sed de savia humana, querría beber de un trago un gran vaso de virginidad, y embriagarme con la verdadera inocencia.

Segundo hombre

Escucho la música de la boda.

Primer hombre

¿Qué boda?

Segundo hombre

La de vuestra chiquilla, señor.

Primer hombre

Bien, es más picante: tendré dos juventudes a mancillar. El marido y la mujer de una sola pasada. Beber una virgen es la embriaguez de la vida, beber una casada la embriaguez de la muerte. Siento hambre de vida como un sepulcro en ayunas.

Segundo hombre

Vienen. Entremos aquí.

(Desaparecen dentro del albergue. Llega un grupo de paisanos cantando y bailando, felices y endomingados. Cornamusa. El más joven va a golpear la puerta de la casa de la izquierda mientras los demás se distribuyen en círculo delante del umbral).

Jérôme *(llamando)*.

¡Nihila! ¡Nihila!

Nihila *(abriendo la puerta)*.

Aquí estoy.

(El joven la toma entre sus brazos, y empieza una música de danza. Terminada la danza, Nihila se sienta en un banco ante la puerta de la cabaña y canta).

Nihila *(cantando)*.

Señor campesino, para mi ramo de bodas, ¿qué es lo que habéis recogido hasta ahora?

Un paisano *(avanza al compás y canta)*.

Busqué la rosa

Por aquí y por allí

No hallé ninguna hermosa caléndulas recogí.

(Coloca una caléndula en las rodillas de Nihila, que lo rechaza, y es reenviado por los bailarines con empujones al ritmo de la danza).

Nihila *(cantando)*.

Maestro de escuela, para mi ramo de bodas, ¿qué es lo que habéis recogido hasta ahora?

Un paisano *(cantando)*.

Busqué la rosa
Para haceros un regalo
No hallé ninguna hermosa
Entonces, recogí un cardo.
(Deposita un cardo. El mismo juego).

Nihila

Señor cura, para mi ramo de bodas, ¿qué es lo que habéis recogido hasta ahora?

Un paisano *(cantando)*.
He buscado la rosa
campo a través.
No hallé ninguna hermosa
Y cogí el ciprés.
(Le ofrece una rama de ciprés. El mismo juego).

Nihila

Mi señor esposo, para mi ramo de bodas, ¿qué es lo que habéis hallado hasta ahora?

Jérôme *(cantando)*.
He buscado la rosa
Como todos aquí.
No hay ninguna hermosa Más que la que hay aquí.

Nihila

Mi señor esposo, en mi lecho de bodas

Venid esta noche a buscar las rosas.^[5]

(Jérôme se arrodilla delante de Nihila. Los otros paisanos se retiran discretamente y los dejan solos. Largo silencio. Se hace de noche. Los dos amantes se contemplan, arrobados. Nihila sigue sentada. Jérôme, arrodillado).

JÉRÔME

Te amo.

Nihila

Te amo.

JÉRÔME

Quiero ser feliz. Querría estar siempre contigo. Me siento completamente transformado. Veo con otros ojos. Respiro con otra boca. Tiemblo. Tengo frío y ardo. Mi Nihila, eres mi Todo. Sí, tiemblo. Mira, toca mis manos. ¿Qué es lo que temo, pues? No lo sé. Me parece que no estamos solos.

Nihila

Sí.

JÉRÔME

Quiero que seas muy feliz. Haré todo lo que quieras.

Nihila

Tendremos gallinas.

JÉRÔME

Sí.

Nihila

Dos vacas, una blanca y una negra. Te daré de beber leche de la blanca, y daré la leche de la negra a los mendigos.

JÉRÔME

Sí.

Nihila

Tendremos una cabra para tener cabritos. Amo a las cabras. Son alegres como los pájaros. Siempre dispuestas a saltar a tus piernas y hacerte caer, y es tan divertido poder ver crecer sus cuernos.

JÉRÔME

Sí.

Nihila

Tendremos un par de canarios, pero no quiero que los metamos en una jaula; los pájaros enjaulados son la alegría triste. Yo los domesticaré.

JÉRÔME

Sí.

Nihila

Necesitarás un caballo para tu yugo, pero que sea dócil para que pueda montarlo. Será necesario trabajar bien, dormir bien, rezar

bien. Todas las mañanas irás al pueblo a llevar tus verduras, y los días de mercado me comprarás pan de especias. Seremos felices como monjecillos libres. Yo cuidaré tus hábitos. Yo te zurciré los pantalones. ¡Los hombres rasgan tanto!

JÉRÔME

Dime que me amas.

Nihila

No sé por qué me lo pides hoy más que cualquier otro día. Desde que vine al mundo, no he jamás conocido más padre que tú, más hermano que tú, más madre que tú. Te amo con todo mi corazón. No soy como las jóvenes dichosas que aman a mucha gente, que aman a derecha y a izquierda, que aman a su padre y a su madre. Yo soy una joven infeliz, amo lo que hay, derecho, delante de mi, y no siento felicidad más que por uno. ¿Lo ves Jérôme? No hay nada como los huérfanos cuando se trata de amar. Tienen tantos ausentes en su vida que el que os ama es un recuerdo sagrado de los muertos sobre los que siempre están arrodillados. Su corazón es un cementerio en el que el amor perfuma las tumbas. ¿Ves esta flor? Tiene cinco pétalos que caerán. (*Deshoja la flor*). Este pétalo es el abuelo, éste la hija, este tallo eres tú, oh mi Jérôme. Tengo la boca llena de besos para los muertos. Mi amor es mi plegaria. Mi amor es mi pensamiento de cada mañana y de cada tarde. Amo como en una iglesia. Vivo como en un reclinatorio, y el día en que te esposé me casé con un sepulcro.

JÉRÔME

Yo no sé como te amo, pero sé que entregaría todo el amor por mi padre y por mi madre antes que perder una parcela del amor que siento por ti. Soy tu otra mitad. Me siento atado a ti como si llevara un arnés. Soy tu perro, tu siervo, tu guardián, tu sombra blanca. Viviría tendido ante tu puerta si estuviera seguro de verte andar sobre mí. Me parece que tus pies me harían bien puestos encima. Me figuro que debes ser uno de los pájaros de Dios. ¡Te amo, te amo, te amo! Déjame llorar, me lo debes. Las lágrimas de alegría

vacían el corazón. Querría llorar siempre así. El sufrimiento de los hombres viene de que no lloran desde el alma y que nunca tienen el corazón henchido de amor. ¡Oh mi cervatillo, pasa tus manos sobre mis ojos! ¡Qué piel tan dulce tiene ella!

Nihila

Tú las tienes totalmente ásperas. No importa, dame tus patas de pueblerino que las devoraré como si fueran pastel. Mi Jérôme, prométeme que tendrás siempre las manos endurecidas por el trabajo, y te prometeré besarlas todas las noches para volverlas suaves.

JÉRÔME

Mi pequeño sueño, es tarde, volvamos a dormir.

Nihila

Aún no. Tengo una sorpresa para ti, y para las sorpresas no se debe ver claro.

JÉRÔME

Yo también tengo una sorpresa para ti.

Nihila

Pues bien, empieza.

JÉRÔME

No, después de ti.

Nihila

No, empieza.

JÉRÔME

Es una fruslería que no es cara.

Nihila

Veamos.

JÉRÔME

No me atrevo.

Nihila (*impacientándose*).

Haz el favor de dármela ya.

JÉRÔME

No es gran cosa.

Nihila

¡Qué bruto es este hombre!

JÉRÔME

Pues bien, tu me darás tu regalo mientras yo te doy el mío.

Nihila

No, yo quiero tenerlo antes.

JÉRÔME

Aquí está.

Nihila

¡Oh! ¡Qué crucecita tan hermosa! La pondré en mi cuello. Oh, ¿no es esto oro?

JÉRÔME

Sí.

Nihila

¿De oro puro?

JÉRÔME

Sí.

Nihila

El mío no es de oro.

JÉRÔME

¿Qué importa?

Nihila

Es de plata.

JÉRÔME

Dame.

Nihila

No es una cruz.

JÉRÔME

Dame.

Nihila

Es un anillo.

JÉRÔME

Dame.

Nihila

Estoy segura de que él tiene los dedos demasiado gruesos. Por lo tanto he cogido el anillo más ancho.

JÉRÔME

No seas mala, no tengo los dedos tan gruesos como dices.

Nihila

Enséñalos.

JÉRÔME

Mira.

Nihila

¿Dónde está el dedo pequeño?

JÉRÔME

Este.

Nihila

Es como una bobina de tejedora.

JÉRÔME

Ponme el anillo.

Nihila

Ya está. Empújalo en tu dedo. Nunca podrá entrar. Por Dios, renuncio. ¡Ah! Al fin. El anillo está en tu dedo. ¡Qué pulgar tienes!

JÉRÔME

Querría que este anillo fuese mi carne y mis huesos. Me parece que en esta joya hay algo de tu alma. El metal más precioso no es el oro, es el sentimiento del alma que se mezcla con el oro, y que hace de la joya un metal divino. Los regalos del buen Dios están hechos de amor.

Nihila

Quedémonos un rato. La noche es la mitad de las alegrías del corazón. Las almas son los reflejos de las estrellas. Esta noche tengo en mí una estrella.

JÉRÔME

Sí, Venus.

Nihila

Recemos los dos. (*Se arrodillan*). Oh Dios mío, te ruego que nos hagas muy felices, y que vuelvas a Jérôme muy fiel. Prodigas sobre nosotros todas tus riquezas de felicidad, de esperanza y de amor, y danos de qué alimentarnos. Danos fuerzas y consuelo para compartirlas con los débiles. Haz que nadie sufra cerca de nosotros, ni las flores, ni los pájaros, ni las bestias, ni los hombres, y que nada en nuestro jardín se queje de tu cielo. Toma un poco de felicidad de tu Paraíso y dalo a nuestra pobre pequeña boda. Los paraísos bien pueden dar limosna a los mendigos desdichados que aguardan en la puerta del cielo. Concede salud a los que son pobres y valentía a los débiles. En fin, oh Dios mío, envíanos a uno de tus ángeles. Lo haremos feliz y le hablaremos siempre de ti para que olvide el cielo. Dios mío, tú eres nuestro padre. ¡Bendícenos, bendícenos, bendícenos!

(Hace ya un rato que varios individuos espían a los dos amantes. Dos de ellos se han acercado y, en el momento en que Nihila acaba su oración, dos mordazas le tapan la boca, y también a Jérôme. Los otros se adelantan, maniatan a los esposos, a pesar de su resistencia, y se los llevan. Poco después se oye el ruido de un carro que se aleja.)^[6]

(Una habitación suntuosa. Muebles de Boule. Espejos, jardineras de flores, cuadros, sofás. Una cama al fondo, puertas entre los tapices. El oro lo cubre todo. Un techo pintado donde figuran ángeles y nubes. Sobre la chimenea, un grupo de Júpiter y Leda. Candelabros encendidos, un reloj estilo rococó. En el momento en que se levanta el telón no hay nadie en la habitación).

El péndulo

Medianoche.

La alcoba

Es mi hora.

Una flor de lis

¡Por desgracia!

Candelabro

¡Qué oscura noche! La sombra de esta habitación infame es más difícil de iluminar que la de las otras habitaciones. Se diría que aquí hay dos noches, este es un lugar donde el oficio de la antorcha es arduo.

El techo

¿Qué dirías tú, antorcha, si estuvieras como yo obligada a parecerte al cielo? Hay momentos en que tengo ganas de resquebrajarme. Antorcha, tú sufres, pero no mientes, yo miento. Tu iluminas el crimen, pero yo lo veo y le sonrío. Tú eres la luz verdadera, yo soy el falso azur, soy la falsa nube, soy el falso ángel. Querría golpear, querría castigar, y no puedo. Tú, tú sí puedes. Yo no puedo ser el rayo, tú puedes ser el incendio.

La antorcha

Lo pienso todas las noches.

La alcoba

¡Sodoma, Sodoma, Sodoma!

El reloj

¿Vendrá el rey esta noche?

La alcoba

Sí.

Un capullo de rosa

Es demasiado viejo para amar.

La alcoba

El amor de los vejestorios ensucia a las jovencitas más que todas las cosas cuando estos viejos son reyes. ¡Oh las pobres flores mancilladas! Cuántas he visto caer en este rey-manantial del que yo soy el fondo.

La jardinera

Yo soy una cuna de flores.

La alcoba

Yo soy una sepultura de vírgenes.

El reloj

La muerte menos cuarto.

El capullo de rosa
¿Cuándo la palmará?

El reloj

Dentro de tres años.

El techo

¡Oh rabia! Aún tres años de mentir y de ser aquí el cielo.

Las antorchas

¡Oh rabia! ¡Aún tres años de brillar en este antro sombrío!

Todos los muebles al unísono

Es culpa de la cama.

La cama

Pues bien, iros. Sois libres, flores, de marchitaros; tú, antorcha, de apagarte; tú, techo de caer; tú, péndulo de pararte; todos vosotros que sois aquí la vida, sois libres de morir. Me incomodáis. Me dais vergüenza. Me impedís ser todo lo sorda y ciega que desearía. ¡Fuera de aquí los muebles que no estén del lado del sepulcro!

Leda[Z]

Alcoba, yo también te acuso. Tu eres el amor, pero yo era la virginidad. Tus pliegues blancos son la mortaja del blancor del alma. Tus nieves están hechas de fango. Tus gasas y tus encajes son alas vaporosas que solo se agitan y estremecen con los dioses caídos o los ángeles caídos. Maldita seas, alcoba; maldito seas, amor por las vírgenes; maldita seas, voluptuosidad, por el candor; maldito seas, beso, por el alma pura y límpida escondida bajo las sombras de la vida profunda. ¡Cisne, maldito seas, por el lago!

La puerta escondida

Silencio, vienen.

(Entran varios lacayos que dejan a Nihila, desvanecida, sobre la cama).

Las libreas

¡Horror!

(Los lacayos se retiran y dejan a Nihila sola).

Nihila (*despertándose y mirando alrededor con sus ojos aturcidos*).

¡Oh, Dios mío! ¿Dónde está Jérôme? ¿Qué es lo que le han hecho? ¡Qué bello es esto! Tengo miedo; ¿por dónde he entrado? No hay puertas, no hay ventanas. Sin embargo, tengo que irme de aquí.

(*Se levanta y mira por todas partes con horror*).

El muro (*a la puerta*).

Ábrete, hagamos que huya.

La puerta

No soy la llave.

El muro (*a la llave*).

Y bien, tú, llave, abre a esta pobre chica.

La llave

No soy la mano.

El muro (*a Nihila, que no le oye*).

¡Oh, desgracia! Mi pobre querida niña, puedes ver lo que he hecho para salvarte. Pero no está en mi poder; no somos más que instrumentos del hombre. Tenemos suficiente vida como para sentir, pero no para actuar. Vemos, pero nos es prohibido iluminar, hablamos, pero no se nos oye. Nos es dado sufrir, pero tenemos prohibido consolar. Somos muy desgraciados, va. Apíadate de nosotros. Tú eres muy feliz. Tú no eres más que una prisionera que querría huir; yo soy una mazmorra que busca evadirse. ¿Lo ves, pequeña mía? El paraíso es la libertad; se huye del sufrimiento a través del sufrimiento; la expiación es una cuerda inmensa colgando de un abismo, por la que los cautivos del crimen descienden de la sombra hacia la luz y de la que los astros son los nudos.

La llave

Aquí está la mano del carcelero que se posa sobre mí. Giro dentro de la cerradura.

La puerta

Yo me abro.

La flor de lis

Yo me cierro.

La habitación entera

¡Socorro!

(Entra El rey. Rostro ajado. Vestido resplandeciente. Es un anciano ya curvado, cordon bleu, cruz de Saint-Louis).

El rey

Y bien, mi pequeña, ¿qué os parece la habitación? ¿Es de vuestro gusto? Todo lo que hay aquí es vuestro. Soy vuestro prisionero.

Nihila

¿Qué habéis hecho con mi marido?

El rey

¿Qué decís de esta alfombra, de estas sedas, de estos espejos? ¿Creéis que este apartamento vale lo que vuestra cabaña? Responded, bello pájaro, ¿este nido, es digno de vuestro plumaje? Tembláis. ¡Calmaos! No soy un pajarero tan terrible; no os cortaré las alas, os las cubriré de oro.

Nihila

¿Qué habéis hecho con mi marido?

El Rey

Seré su sustituto esta noche, si os place. Vuestro Jérôme es un patán que os habría ensuciado, yo os volveré tan resplandeciente que deslumbraréis al cielo. ¡Ved la bella unión! ¡Jérôme vuestro marido! ¡Ese pedrusco esposar una perla! ¡Yo deseo casaros con una corona!

Nihila

¿Quién sois vos?

El rey

Yo soy la riqueza, yo soy la potencia, yo soy el mundo, yo soy el cielo. Mi nombre es tu dicha. Yo me llamo sonrisa de Nihila. Yo me nombro fortuna de Nihila. Yo tengo una familia entera que se llama pulseras de Nihila, encajes de Nihila, palacio de Nihila. Yo soy el mago de tus horas, y a medida que ellas vuelan en el cuadrante yo las metamorfoseo en minutos. Yo soy el mago de los minutos de tu

vida y hago de ellos segundos. Yo paro la aguja en la juventud y te impido envejecer reteniéndote para el placer en esta eterna plenitud del corazón. Yo soy el hacedor del rosado, pues soy el maquillaje, soy el hacedor de rayos pues soy el oro. No paro el sol como ese imbécil de Josué, sino que hago algo mejor, yo lo escamoteo.

Nihila

Decidme vuestro nombre, señor, para que pueda decírselo a Dios.

El rey

Aquí no se trata de rezar a Dios, sino de besarme.

Nihila

Preferiría matarme que ser infiel a Jérôme. No amo a otro que no sea él y no besaré a otro que no sea él. Mi primer beso será para Jérôme, el segundo también, el tercero también, el milésimo también. Preferiría morir a quitarle su bien. Un solo beso dado a otro me haría el efecto de una mentira. Ved, señor, más que decirme todo lo que me decís, haríais mejor en dejarme ir y decirme dónde está Jérôme.

El rey

Un beso, nada más.

Nihila

Jamás.

El rey

¡Peste! ¡Qué fortaleza! Te aviso, pequeña, que no me gusta esperar y que no tengo la costumbre de hacer antesala delante de mi cama. ¡Venga! Ese beso, o llamo a los míos.

Toma a Nihila.

Nihila

¡Ah! Sois el rey de Francia.

(Él quiere besar a Nihila. Ella se resiste. El corsé se abre y deja ver la cruz ofrecida por Jérôme. Al mismo tiempo, las velas gastadas se apagan. No se escuchan más que gritos ahogados).

La cruz (en la sombra).

Hasta pronto. Señor.

(Cae el telón.)[8]

(Las cuevas de Saint-Denis. Sepulcro de los reyes de Francia perdiéndose en la sombra. Delante de la escena la tumba del rey que acaban de profanar.)[9]

LOS HUESOS

Éramos los fornidos brazos de la Francia usurpada

Yo fui la maza y tu fuiste la espada.[10]

Llevábamos las banderas.[11]

Éramos los pesos falsos de la humana balanza Y colgábamos a Dios en el perno de la venganza.

Los GUSANOS

No, vosotros erais los huesos.

Los HUESOS

Yo soy Tolbiac y tú fuiste Pavie

Yo soy la muerte de un pueblo y tu fuiste su vida Nosotros éramos los gigantes,

Este talón fue sangrante, estas manos fueron feroces, Nosotros fuimos los héroes, nosotros fuimos los colosos.

Los GUSANOS

Erais las nadas.

Uno de los cráneos

Ante mí, tengo siempre arrodillados los amuletos, colmadas las negras horcas de un mundo de esqueletos Todos temían mi balcón.

A toda hora vuestro diente sombrío me mina, vermes. ¿De dónde vienes, gusano? ¿Verdugo, de dónde vienes?

Los GUSANOS

De los huesos de Montfaucon.

Otro cráneo

Rey flojo, he traicionado mi país reducido a escombros.

He visto mi pueblo bajo las sombras

De los árboles de mi parque.

Con un carnicero inglés enrojecí el cielo de Francia. ¿Oh gusanos,
de dónde venís? ¿De dónde vienes, sufrimiento?

Los gusanos

De los huesos de Juana de Arco.^[12]

Otro cráneo

Oh muerte, cuándo cesará este dolor que me humilla.

Al menos son un millón sobre mi cadáver.

¡Oh sepulcro enemigo!

¡Se deshace mi pobre carne de rey pellejo a pellejo!

¿Quién os ha enviado a mi tumba, repulsivos gusanos?

Los GUSANOS

El Saint-Barthélemy.

Otro cráneo

Galante como Henri, valiente como Xantrailles,

Enderecé a Francia y gané Versalles.

Era el rey bermellón.

Como en una flor devorada por la lepra,

¿Quién os hace estallar en mis ojos, gusanos roedores?

Los GUSANOS

Señor, vuestro sol.

La tierra

¡Oh reyes! Renaceréis dentro de mucho de tiempo a
los pies

De las fresadoras como cizaña o plantas venenosas.

El crimen es sin piedad.

Renaceréis en las pendientes de las colinas como cardos,

Y vosotros seréis las coronas de espinas

De los dioses crucificados.

Infames, vosotros seréis la infamia.

Seréis la cicuta en los labios de Sócrates.

Tiranos, vencedores, soldados.

El veneno y la ortiga brotarán de vuestras cabezas^[13]

Y en la sombra seréis pasto de las bestias,

Y arrancados por Judas.

Vosotros seréis, en las ruinosas almenas de vuestros torreones

El musgo que el viento golpea con sus alas,

Briznas de hierba arrancadas,

Cada uno de vosotros, oh reyes que nombramos con terror,

Por haber andado demasiado sobre la inmensa faz del hombre,

Renaceréis bajo sus pies.

Un tragaluz, desde el que se ve el cielo estrellado Esperad, oh malditos, olvidad quienes sois.

La liberación resplandece a través de los planetas, Al borde de los horizontes;

Y estos astros que son el celeste aderezo

Son los ojos brillantes de todas las cerraduras

De todas vuestras prisiones.

(Se cierran todos los sepulcros que se habían abierto. Se abre el sepulcro de Louis XV, que había permanecido cerrado. Entonces, se ve el cadáver del rey. Está estirado, con las manos cruzadas sobre el pecho. Lentamente, cuatro clavos del ataúd se alargan y se cierran sobre sus pies y sus manos. El cadáver suelta un grito horrible).

Primer clavo

Yo soy el clavo de hierro, vengo de donde tu vienes, ¡Monstruo, renace! Soy la navaja de Damiens.^[14]

Yo te libro al sombrío castigo de los metales, Y mi asesinato es hacerte vivir.

Tú serás hierro.

Segundo clavo

¡Maldito seas por el hierro, y castigado por el oro!

Tú renacerás moneda y en los lugares infames

Tú serás el comprador de la virtud de las mujeres. Tú sufrirás, tirano, de los males de los que gozaste, Y guardarás tu nombre monstruoso de Luís.

Tú serás garito inmundo de la orgía, Y yo marco tu alma con tu efigie.

Tú serás oro.

Tercer clavo

Maldito, yo soy el granito.[15]

Yo soy el clavo fatal que sostiene a los que castiga. En este mundo repleto de oscuras penitencias. Yo, yo soy la raíz horrible de las potencias.

Oh rey, es mi deber atormentar vuestros huesos, Y que los ahorcados entren en vuestro sepulcro. Mientras que la horca, árbol salido de los crímenes. Con su nudo, flor sombría, estrangula a vuestras víctimas.

Vos tenéis que sentir, tendidos sobre sus baldosas, Su raíz, otro nudo, en vuestro cuello de verdugo.

Yo soy aquél que oye estremecerse a los esqueletos.

Yo soy la picota, yo soy las mazmorras.

Tu serás, déspota, es el decreto de allá arriba, Piedra de muro del condenado, que sirve en la mazmorra.

Vivirás encadenado en la sombra de las bastillas, Y tú vicio, tú fango y tú mancilla de las jóvenes, Para comprar de nuevo tu vida, inmensa traición, Vivo fuiste desagüe, muerto serás prisión.

El cuarto clavo

Yo soy la uña humana. Miserable fantasma, lo vas a expiar todo.

El cadáver

Y, ¿volveré a ser hombre?

El cuarto clavo

Sí, te lo prometo.

El cadáver

¿Hay pues un medio de retomar mi forma?

El cuarto clavo Sí.

El cadáver

¿Qué debo hacer?

El cuarto clavo

El bien.

El cadáver

¿Cómo?

El cuarto clavo

Maldito, tu vida es un enorme abismo donde, enorme catarata, se ha derramado el agua del crimen. Pero puedes levantar la punta de tu sudario.

El cadáver

Habla.

El cuarto clavo

Todos los crímenes se funden en uno solo.

El cadáver

¿Cuál?

El cuarto clavo

Una pareja feliz, gracias a ti, sufre y sangra. Dos chiquillos que jugaban cayeron en tu abismo, Jérôme y Nihila.

El cadáver

Mis ojos son ciegos. ¿Qué hacer?

El cuarto clavo

Ellos están perdidos.

El cadáver

¿Qué hacer?

El cuarto clavo

Sálvalos.

(Segundo acto.)[16]

19 de septiembre de 1854
La una y media de la tarde.
Charles y Madame Hugo conducen la mesa.
Están presentes: Victor Hugo,
Auguste Vacquerie, François Hugo.

Victor Hugo —*Tengo que plantear una pregunta importante. Los seres que habitan lo invisible y que ven el pensamiento en nuestros cerebros saben que, desde hace alrededor de veinticinco años, me ocupo de cuestiones que la mesa suscita y sobre las que profundiza. En más de una ocasión, la mesa me ha hablado de este trabajo; la Sombra del Sepulcro me ha conminado a terminarlo. En este trabajo, y es evidente que lo conocen allá arriba, en este trabajo de veinticinco años, yo había dado, a través de mis meditaciones, con muchos de los resultados que hoy conforman la revelación de la mesa, yo había visto distintamente y afirmado algunos de estos resultados sublimes, había entrevisto otros que permanecían en mi espíritu bajo el estado de lineamentos confusos. Los seres grandes y misteriosos que me escuchan observan cuando quieren mi pensamiento como quien mira en una bodega con una antorcha; conocen mi consciencia y saben que todo lo que acabo de decir es rigurosamente exacto. Esto es hasta tal punto exacto que hace un momento he sido contrariado en mi miserable amor propio humano por la revelación actual, que ha venido a lanzar alrededor de mi linterna de minero una luz de rayo y de meteoro. Hoy, las cosas que yo había visto por entero la mesa las confirma, y cosas a medias*

vistas, ella las completa. En este estado de ánimo, he escrito. El ser llamado la Sombra del Sepulcro me ha dicho que acabe la obra que he empezado; el ser llamado la Idea ha ido aún más lejos, y me ha ordenado hacer unos versos apelando a la piedad sobre los seres cautivos y castigados que constituyen lo que a los no videntes les parece la naturaleza muerta. He obedecido. He hecho los versos que la Idea me pedía (no están aún completamente terminados). Para ser comprendido, me ha hecho falta explicar. He tenido que entrar en detalle, detalle que contiene mi pensamiento antiguo con la ampliación aportada por la nueva revelación. En estos versos, dos cosas son tomadas de la mesa en sus propios términos, el gusano Cleopatra y el grado de la condena a trabajos forzados. Yo soy de la opinión de hallar el medio de indicar este préstamo con una nota. Pero ante todo, esta es la pregunta que planteo a la mesa: «¿Acaso la Idea me ha pedido (debería decir encargado) estos versos para que sean publicados? ¿Me dijo la Sombra del Sepulcro que terminara mi obra para que esta fuera publicada?». Esta página es ya demasiado extensa. Añado todo lo que está en el fondo de mi pensamiento que la mesa conoce. La consulto sobre la cuestión que acabo de plantearle, y espero la respuesta. No hace falta decir que haré todo cuanto me sea dicho)[1]

La mesa se agita.

—¿Quién está ahí?

—La Muerte.

—¿Has oído la pregunta y vienes a responderla? —Sí.

—Te escuchamos.

—Todo gran espíritu hace dos obras en su vida: la obra del vivo y la obra del fantasma. En la obra del vivo, lanza el otro mundo terrenal; en la obra del fantasma, vierte el otro mundo celeste; mientras que el vivo habla a su siglo la lengua que él comprende, trabaja sobre lo posible, afirma lo visible, realiza lo real, ilumina el día, justifica al justo, prueba la prueba; mientras que en esta obra él lucha, él suda, él sangra; mientras que en este martirio, él, el genio,

tiene en cuenta la imbecilidad, él, la llama, tiene en cuenta la sombra, él, el elegido, se hace cargo de la multitud y muere, él, el Cristo, él, la^[2] mundo entre dos ladrones, tan vil, tan ultrajado y llevando tal corona que un asno pacería en su frente; mientras que el vivo hace esta primera obra, de noche, durante el silencio universal, el fantasma pensativo se despierta en el vivo, ¡oh, terror! ¿Qué?, dice el humano, ¿no es todo? No, responde el espectro. Levántate. ¡En pie! Sopla un gran viento, los perros y los zorros aúllan, las tinieblas están por todas partes, la naturaleza tiembla y se estremece bajo la cuerda del látigo de Dios; los sapos, las serpientes, los gusanos, las ortigas, las piedras, los granos de arena nos esperan; ¡en pie! Vienes de trabajar para el hombre, está bien; pero el hombre no es nada, el hombre no es el fondo del abismo, el hombre no es la caída en picado en el horror, es el animal quien es el precipicio, es la flor quien es la sima, es el pájaro quien procura el vértigo, es desde el gusano que se ve la tumba. Tú has sido día, ven a ser la noche; ven a ser la sombra, ven a ser las tinieblas, ven a ser lo desconocido, ven a ser lo imposible, ven a ser el misterio, ven a ser el infinito. Tú has sido el rostro, ven a ser el cráneo; tú has sido el cuerpo, ven a ser el alma; tú has sido el vivo, ven a ser el fantasma. Ven a morir, ven a resucitar, ven a crear, ven a nacer. Quiero que después de haber visto tu carga, el hombre vea tu vuelo y sienta confusamente pasar tus alas formidables por el cielo tormentoso de tu calvario. Vivo, ven a ser el viento de la noche, el ruido del bosque, la espuma de la ola, la sombra del antro; ven a ser el huracán, ven a ser el inmenso espanto de la feroz oscuridad. Si el pastor se estremece, que sea que ha escuchado tus pasos; si el marino tiembla, que sea que ha sentido tu aliento. Te llevo conmigo; el relámpago, nuestro pálido caballo, se encabrita en la nube. ¡Vamos, salgamos! ¡Basta de sol! ¡A las estrellas! ¡A las estrellas! ¡A las estrellas!

El fantasma se calla, y la obra terrible empieza. En esta obra las ideas ya no tienen rostro humano: el escritor espectro ve las ideas

fantasma; las palabras se espantan, las frases se estremecen desde todos sus miembros, el papel se agita como la vela de un barco en la tempestad; la pluma siente erizarse sus barbas; el tintero se transforma en abismo, las letras arden, la mesa vacila, el techo tiembla, el cristal palidece, la lámpara tiene miedo. ¡Qué rápido pasan las ideas-fantasma! Entran en el cerebro, brillan, espantan y desaparecen; el ojo del escritor-espectro las mira planear en torbellinos fosforescentes en los espacios negros de la inmensidad; ellas vienen del infinito y ellas van al infinito; ellas son espléndidas y sombrías y aterradoras; ellas fecundan o fulminan; ellas han creado a Shakespeare, Esquilo, Molière, Dante, Cervantes; Sócrates nació de una idea-fantasma; Pascal murió de una idea-fantasma; son transparentes y se ve a Dios a través de ellas; ellas son grandes, ellas son buenas, ellas son augustas; el crimen, el sufrimiento, la materia, huyen ante de ellas; ellas son la gran corriente del progreso universal. ¡Desdicha al mal! Es su grito. Es una hora formidable cuando pasan por el cielo, volando hacia el sabbat del inmenso misterio, horrorizadas y sentadas sobre la prodigiosa escoba de las injusticias, todas esas hechiceras del paraíso.

—*¿Quieres que Charles descanse cinco minutos?* —Sí.

Interrupción. Al cabo de cinco minutos se retoma la sesión.

—*Después de «mirar» hay dos veces «lo imposible». ¿Qué quieres poner? ¿En tu opinión lo cambiarías?*

—Sí.

—*Sustituye.*

—Lo inabordable.

—*Termina ahora lo que habías empezado.*

—La obra se continúa, la obra se termina, la obra del día ha andado, corrido, llorado, cantado, hablado, ardido, amado, luchado, sufrido, consolado, llorado, rogado; la obra de la noche, feroz, se ha quedado en silencio; el águila ha acabado con el sol, el murciélago empieza con la tumba. Está muerto, es muy feliz, dice el mal; es muy feliz, dice la envidia; no, responde la tumba, yo no me cierro,

yo me abro. No soy el muro de la vida, sino la puerta. Creéis que él todo lo ha dicho, error. Mirad, escuchad, temblad, es de noche en el cementerio; la tumba está allí, humilde, olvidada, profunda; la hierba murmura allí sola contra la ruina; de golpe, la piedra se levanta, el epitafio se conmueve, y alguien sale del sepulcro. Es el fantasma. ¿Qué viene a hacer? Viene a vivir; viene a hablar; viene a luchar; viene a ocupar el lugar del vivo; se hace hombre; va, corre, ocupa el mundo; hace girar el pesado tornillo de las prensas aterrorizadas; hace saltar con su vertiginoso aliento a las letras de plomo horrorizadas; está en la máquina de vapor; está dentro de los engranajes de la máquina, y se entrevé su brazo misterioso agitándose en el taller y distribuyendo a la vida la obra de la muerte. Está en la multitud; está en el teatro; está en la calle; viene a sorprender bruscamente al mundo dormido, y él, el desconocido, surge como lo inesperado, se convierte en el sueño del siglo del que él es la idea. No más disputas; el hombre está muerto y los gusanos persiguen a los cuervos; la posteridad conmovida, retraída, penetrada por un horror sagrado, entra en su teatro solemne y reducido. ¡Ocupad vuestros puestos para el infinito, el resplandor de las estrellas y la ramba de las constelaciones están encendidos; a vuestros lugares! ¡El drama empieza! ¡Silencio! El sudario se levanta. Ya llego a tu cuestión. Es delicada. Ante todo, lo que nosotros queremos, es el libre arbitrio del hombre; aquí, no tengo nada a encargarte. Publica si quieres. Esto es lo único que tengo que decirte: sé el Edipo de tu vida y la Esfinge de tu tumba.

Cerrado a las siete.

20 de septiembre de 1854.
Una y media de la tarde.
Charles y Madame Hugo conducen la mesa.
Está presente: Victor Hugo.

Victor Hugo —¿Quién hay ahí?

—La Muerte.

—Entre las grandes cosas que nos dijiste ayer, varios puntos dejan nuestro espíritu en suspenso. La primera parte parece una admirable demostración del doble rayo humano y sobrehumano que penetra y completa la obra de los poetas y de los pensadores. El fantasma termina a través de las revelaciones de la noche lo que el hombre ha hecho durante el día y para el día, ahí hay una inmensa claridad arrojada al alma; ahí hay una explicación nueva y sorprendente del aspecto fantástico de todas las grandes obras y de todas las grandes imaginaciones; esto aclara maravillosamente la doble cara de todos los genios que has nombrado. Pero esto se da bajo la condición de que esta obra de la vida sea hecha durante la vida por los dos colaboradores misteriosos, el vivo y el fantasma; es a condición de que sea la obra real la que conocemos y leemos, porque yo podría, aunque situado abajo, ver en tu explicación la clave de mi obra, de la obra doble que he hecho toda mi vida y que continúo. Esta obra implica el combate, la lucha, la necesidad de aclarar lo antes posible, la publicidad inmediata, la promulgación valiente de las verdades halladas o entrevistas, y no se refugia detrás de la tumba. A veces, tiene el carácter del sacrificio, siempre

tiene el carácter del deber. Shakespeare, Esquilo, Molière, Dante, Cervantes no se han guardado o han escondido nada, no han dejado voluntariamente nada para publicar después de su muerte. No son luchadores póstumos. Ahí está una parte de su grandeza. No obstante, en la segunda página de ayer, parece que atenúas la primera. El fantasma no es más el colaborador del vivo durante la vida, él es su editor después de la muerte; al menos así nos parece. Probablemente nos equivocamos. Para nosotros, hombres, el apostolado de la verdad es el deber; la consciencia humana está en una relativa tiniebla y sin embargo Dios le deja el libre arbitrio; nosotros, pensadores, nosotros tenemos que guiar lo mejor que sepamos esta consciencia que espera la responsabilidad; debemos la luz a la libertad. Así, cuando creemos haber encontrado algo que se asemeja a un rayo, tenemos que añadirlo al alma humana con el valor del apóstol. Está claro que no tenemos este derecho por las revelaciones de la mesa de las que no podemos disponer, dado que ellas provienen de un lugar más alto que aquél en que estamos nosotros; pero tenemos este derecho por nuestras obras personales y, incluso a nuestros ojos, ese derecho es un deber. No obstante, yo te consultaba únicamente sobre mi obra personal. Me has respondido recordándome que dispongo de mi libre arbitrio en estas materias, te comprendo. Pero la aparente atenuación que la segunda parte de tus palabras de ayer aporta a la primera, subsiste siempre, al menos para nosotros, inteligencias muy limitadas. ¿Quieres explicarnos aquello que nosotros evidentemente solo comprendemos a medias, pues, entre nosotros y vosotros, es siempre de nuestra escasa luz de donde viene la oscuridad? ¿Quieres responder?

—Sí.

—Te escuchamos.

—Espíritu, ¿no has tenido acaso pensamientos secretos, visiones, perspectivas misteriosas, espantos, arrebatos fulminantes en lo invisible? ¿Acaso tu esperanza de infinito no se vierte a veces en lo insondable? ¿No te ha ocurrido el girarte bruscamente hacia Dios en

el instante preciso? ¿No has tenido tempestades de constelaciones y naufragios en las estrellas? ¿Acaso tu balsa no ha chocado con Saturno y tocado los bancos de arena de la Vía Láctea? ¿No se han llenado jamás tus ojos, de golpe, de un millón de astros siendo tus párpados los dos límites del firmamento? ¿Acaso tu ancla no ha buscado jamás el fondo de la noche, y no ha querido encontrar el abismo? ¿No eres tú un buscador de cráneos, un sepulturero de mundos, un Hamlet de los soles, un paseante del cementerio inmensidad, un secuestrador de planetas, una de las layas del cielo? ¿No has gritado jamás: ¡sí! ¡sí! ¡sí! en este gran «no» sombrío? ¿No te has levantado en las noches sin luna y dicho: ¡Bien! a las noches estrelladas? ¿No has creído alguna vez comparecer ante un tribunal de globos mudos? ¿No has tenido miedo, no te has estremecido, no has sentido erizarse tus cabellos y prenderse a las estrellas, como en terribles rodetes? ¿No has soñado con las formas de todas esas creaciones? ¿No has soñado con los rostros de esas miradas, los labios de esos rostros, y también los dientes de esos labios? ¿No sientes amor por los de ahí y terror por los de allá? ¿No estás un poco arrebatado por Venus? ¿No estás espantado de Saturno? Y mientras sientes los astros hablar sobre tu cabeza, ¿no oyes a los guijarros hablar bajo tus zapatos? ¿No mantienes romances con algunas zarzas del arenal? ¿No otorgas alma a las bestias? ¿No otorgas alma a las piedras? ¿No otorgas un alma a las plantas? ¿No das un alma al polvo, un alma a la ceniza, un alma al fango, un alma a la inmundicia, un alma a todo lo que el cuerpo repudia, un alma al escupitajo de Judas, un alma a las lágrimas de Magdalena, un alma a la sangre de Jesús? ¿No estás ahí, tembloroso, vacilante, asustado, entre este cielo y esta tierra, entre todos estos tan altos mundos y estas almas tan bajas, entre estos paraísos y estos infiernos, entre estas chispas y estas piedras, y no te preguntas cuál es el formidable encendedor que hará surgir constelaciones de estos pedernales?

Si esto es así, tened cuidado, oh vivo, oh hombre de un siglo, oh proscrito de una idea terrestre, oh pensador necesario, pues esto es

locura, pues esto es tumba, pues esto es infinito, pues esto está fuera del hombre, pues esto es una idea-fantasma.

—*Charles está cansado. ¿Quieres que descansemos cinco minutos?*

—Sí.

Se retoma la sesión. Son las cuatro y cinco. La mesa se agita en el acto.

—*Habla.*

—Tened cuidado, hombre de materia, soldado de una revolución cercana, tened cuidado, gobernante posible, tened cuidado, buen sentido respetado, influencia adquirida, carácter considerado, tened cuidado faccionario de lo verdadero, pues este es el lema del caporal lívido de lo imposible, pues esto es murmurado en vuestro oído por la patrulla gris de los esqueletos. No cometáis la audacia de repetir bien alto con vuestra boca viva estas palabras nocturnas de la tumba. No seáis tan intrépido de tronar el espanto, de hacer sonar la diana de los espectros y de aparecer en vuestra barricada con un sudario como bandera, con un cráneo por cañón, con un epitafio como lema, conmigo por soldado, con vuestro fantasma como corneta, con vuestra losa como pavimento. Tened cuidado o más bien itened piedad! iTened piedad de los que sufren y os necesitan, de la vida inviolable, de la mujer despreciada, de las masas ignorantes; no desertéis las guillotinas por los muertos, los niños por los cadáveres, la cuna por el sepulcro, el hombre por el espectro, lo relativo por el absoluto y las llagas por las estrellas.

—*¿Quieres que prosigamos mañana?*

—Sí.

Cerrado a las cinco.

23 de septiembre
Tres y cuarto de la tarde.
Charles y Madame Hugo conducen la mesa.
Están presentes: Victor Hugo, Guérin.

Victor Hugo —*Después de que salga dentro de un momento, ¿consentirías continuar la respuesta a mi pregunta con Auguste Vacquerie?*

—No.

—*Entonces, ¿retomarás lo que sigue otro día?*

—Sí.

—*Hemos entablado un diálogo, enorme de tu lado, atento del mío. Vas a continuar lo que tan enormemente empezaste. Desarrolla los altos consejos que me das. Yo los escucho como conviene, y ves en mi consciencia la seriedad de la acogida que les doy. Es probable que en lo que vas a decir admitas, dado que consientes ocuparte de tan poca cosa como yo, que en mi obra, siendo doble, me debo igualmente a los dos surcos que yo trazo con la doble carreta del real y el ideal. Tengo dos deberes en este mundo, y no serás tú quien me aconseje cumplir uno solo, tú que debes recibirme en el umbral de la otra vida. Homo duplex es verdadero desde todos los puntos de vista. ¿No consentirás también a extender o a explicar esta expresión de «idea terrenal» aplicado a la causa por la que soy un proscrito? Sin duda, la república es una forma humana, el progreso es un hecho terrenal, pero en la república se encuentra la libertad que procede de Dios, en el progreso se encuentra la justicia*

que es Dios mismo. Nosotros, los proscritos, no somos pues proscritos únicamente debido a una idea terrenal, la justicia, es decir, iestando con nosotros el azur mismo de Dios! La Tierra tiende al Edén, como el hombre tiende hacia el bien. Sin duda, ese es un hecho terrenal y ese es un hecho humano. Pero ese hecho terrenal y ese hecho humano, ¿no tienen como reguladora la ley divina? Al fondo, y por encima, y por debajo de todo, nosotros somos proscritos por el derecho del hombre, emanación de la ley de Dios, por la justicia. No obstante, la justicia no es terrenal. La equidad es una para todos los mundos igual que el equilibrio es uno para todos los astros. Te escuchamos.

—Mientras tanto, haz vivo tu obra de fantasma; hazla completa; componía con todos los filtros de misterio; replétala de horror, de relámpagos, de rayos, de espuma; arrójale sapos, serpientes, arañas, murciélagos, orugas, escorpiones, escolopendras, los seres inmundos, los seres rampantes, los seres malditos, preocupados, pálidos, erizados; mira los borboteos de la sombra en la olla con la tapa estrellada; enciende la inmensidad con el átomo; enciende un fuego de dolor y Dios humeante se alzaré desde tu obra con millones de destellos; él saldrá, columna de tinieblas, con millones de luces; él surgirá, gigante oscuro, con una corona de constelaciones; haz de tu obra una de las chimeneas del alma humana; que la tierra dormida, entreabriendo sus pesados ojos, perciba en el horizonte tu tejado cubierto de una nube de astros, y diga: ¿Qué hace? ¿De dónde sale este humo desconocido y espléndido? ¿Qué es esta chimenea de la que brota el cielo? Y que el viento responda a la tierra: Es una de las forjas de la noche; es allí donde se trabajan los soles; es allí donde se deshierra a los hombres; es allí donde se llevan a la incandescencia los negros yugos para convertirlos en planetas; es allí donde se desclavan los clavos de Jesucristo y se usan para fijar mejor el cielo; es allí donde extraen del brasero el resplandor y donde se extinguen los incendios; es allí donde se transforman los astros de tortura en

astros de felicidad a golpes de martillo; los globos-tenazas en globos-llave, y donde se fabrican las cerraduras del firmamento. Entremos en casa de este vivo, dice la multitud. Pero el viento responde; este vivo no es un vivo. Entremos en casa de ese muerto. Entremos en casa de ese fantasma. Entremos en aquella morada; esa morada no es una morada. Entremos en aquella tumba; esa tumba no es una tumba. ¿Qué es pues ese humo? Oh multitud, tú lo sabrás un día; hasta entonces no te acerques; tiembla y espera, y cree; un día verás la obra; hasta entonces, conténtate con el humo; conténtate con el ruido; conténtate con la nube; y mira de lejos ese brillo y escucha de lejos el tumulto del formidable martillo y del formidable yunque, del cielo y de la tierra, de las dos palmas de la mano de Dios dando la señal de la eternidad.

—¿Qué día quieres continuar?

Seis golpes.

—¿El 29 de septiembre?

—Sí.

Cerrado a las cinco y cinco.

29 de septiembre de 1854.
Las tres y cuarto de la tarde.
Charles y Madame Hugo conducen la mesa.
Está presente: Victor Hugo.

Victor Hugo —*¿Quién está ahí?*

—La Muerte.

—*Continúa la respuesta empezada. Te escuchamos.* —Sería en verdad una cosa asombrosa e inmensa. Hasta aquí los grandes espíritus están muertos como los pequeños; cuerpos sepultados, obras terminadas; sepulcros abiertos, libros cerrados; su última palabra en la tierra ha sido dicha por su último suspiro; su epitafio ha sido su adiós y este Esquilo, este Dante, este Moliere, que habían sido, cada uno en su tiempo, el peso moral de su mundo, esos bloques de genio, esas rocas de pensamiento, esas inmensidades, esos cerebros-planetas, esas frentes que habían tenido como horizonte los desiertos y simas como montañas, ¡ay!, desde que su fosa ha sido excavada a diez pies bajo el cielo, no fueron más que un poco de polvo en la abundante ceniza, que un poco de nada en la abundante noche, que un poco de silencio en las abundantes tinieblas, y nada más que átomos que no asombraban al infinito. ¿Qué? ¡Esos cráneos se han callado súbitamente! ¡Oh, estupor! ¿Es posible? Entremos en su cementerio, removamos con el pie sus fosas y escuchemos. Ellos se callan. Se callan. ¡Ellos se callan! ¡Pero habla, pues, boca de Esquilo; pero piensa, pues, frente de Shakespeare; pero ventead, órbitas de Dante; pero llorad, pues, ojos

de Moliere! ¡Que nuestro paso os desvele! ¡Que vuestras cenizas tengan pues un sonido; que vuestros huesos, cuando los toquemos, devengan sonoros y que se oigan en ellos clarines dormidos, caídos de las manos de una legión de arcángeles! Gusanos, que osáis corroer esos cadáveres, huid. Mortajas, temblad. Tú, mármol, escucha. Tú, plomo del ataúd, fúndete y hazte carácter de imprenta, conviértete en letra, conviértete en verbo, conviértete en vida; véngate, plomo, véngate del ataúd; y tú, tierra, recoge las palabras de los muertos, y tú, humanidad, respira su aliento, escucha su voz, bebe su sudor sepulcral, cómete su carne luminosa. Humanidad llorosa, estos taludes siniestros, que aquí y allí se alzan en los cementerios, son las mamas del amor; humanidad, mama de esas tumbas. Pero no, esas tumbas no tienen más leche, esas madres que se llamaban Esquilo, Dante, Shakespeare, Molière, están muertas; sus suaves obras maestras no tienen más nuevos besos a dar; sus labios no tienen más nuevas lecciones a prodigar. ¡Ay! ¡Ay! Esos sepulcros están muertos.

—*Yo he aplicado esa expresión «sepulcros muertos» a los sepulcros olvidados en unos versos inéditos.*

—Tú, ¡que el tuyo esté vivo: que en ciertos intervalos se ponga a hablar a la posteridad y a decirles cosas desconocidas, y que tendrán tiempo de madurar en la tierra! El imposible de hoy es lo necesario de mañana. Distribuye en tu testamento tus obras póstumas de diez años en diez años, de cinco años en cinco años. Aquí ves la grandeza de una tumba que, de tiempo en tiempo, en momentos de crisis humana, cuando la sombra pasa sobre el progreso, cuando las nubes pasan sobre la idea, abre de golpe sus dos labios de piedra y habla. Cuando se busca, tu tumba encuentra. Cuando se duda, tu tumba afirma. Cuando se niega, la tumba prueba. ¿Y qué prueba? Lo que ella contiene. Ella prueba, con no sé qué autoridad oscura y solemne, todas las verdades que hay aún hoy en el porvenir. Tú, muerte, tú ayudas a los vivos; tú, muda, tú les enseñas; tú, visible, tú los ves; tu obra no dice «tal vez». Ella

dice: «ciertamente». No busca evasivas; va directa al grano. Debes saber que un espectro no conoce las precauciones oratorias, los fantasmas son atrevidos, las sombras no parpadean ante las luces; entonces, haz, más que una obra dubitativa para el siglo XIX, una obra afirmativa para el siglo XX. Enciérrala contigo en tu sepulcro para que en épocas fijadas por ti vengan a buscarla. Jesucristo no resucitó más que una vez; tú, tú puedes llenar tu tumba de resurrecciones; tú puedes, si el mío te parece un buen consejo, tener una muerte inaudita; cuando mueras dirás: me despertaréis en mil novecientos veinte; me despertaréis en mil novecientos cuarenta; me despertaréis en mil novecientos sesenta; me despertaréis en mil novecientos ochenta; me despertaréis en el año dos mil. Tú te dormirás en la ansiedad universal; tu muerte será un formidable encuentro propuesto a la luz y una formidable amenaza lanzada a la noche. Loyola dirá: hay que tener cuidado con este sepulcro, y las generaciones mirarán con admiración este tumba prodigiosa andar durante un siglo en la vida hu...

La mesa se para bruscamente, son las seis y media. Crepúsculo. La luna está sobre el horizonte. El movimiento cesa completamente. Pensamos que podríamos evocar a alguno de los seres de la noche. En ese momento la mesa levanta bruscamente el pie.

—¿Hay alguien?

—Sí.

—La muerte nos ha dejado con una interrupción. ¿Puedes tú terminar la frase?

—Sí.

—Termínala.

—...mana.

—¿Sabes qué día vendrá la muerte a continuar lo que ha empezado?

—No.

Cerrado a las seis horas cuarenta minutos.

22 de octubre de 1854.

Dos y media.

**Charles y Madame Hugo conducen la mesa.
Están presentes: Victor Hugo, Paul Meurice,
Madame Meurice y Auguste Vacquerie.**

Victor Hugo —¿Quién está ahí?

—La Muerte

—*Me has dado un sublime consejo, y, si me dejas tiempo, seguiré este consejo. Pero probablemente habrá aparecido este libro, que será ciertamente una de las Biblias del porvenir, al mismo tiempo que las obras legadas por mí al siglo veinte, o incluso antes que estas. No será publicado, pienso yo, en vida de ninguno de nosotros, interlocutores actuales de los seres misteriosos; pero cuando aparezca todo lo que habré reservado para mi tumba él lo dirá, él lo dirá incluso antes que yo, y con más autoridad. Yo llegaré a continuación, y mi revelación habrá ya sido revelada. Una parte de esta revelación se encuentra ya desde hace siglos en la tradición humana, otra parte fue hallada por mí (lo que no impide que venga toda entera de Dios, no siendo el hombre más que una chimenea por donde pasa la llama divina), otra parte ha sido dicha por todos vosotros, seres de lo desconocido, en nuestros diálogos con la mesa-trípode. Ese todo del que yo no tengo más que una débil parte, empieza ahora incluso a ser entrevisto, y gracias a la publicación de este libro, será vulgar y probablemente base de una nueva religión, en la época en que aparecerán mis publicaciones*

postumas. ¿Opinas que me serán dichas o que encontraré de aquí a la muerte otras cosas desconocidas de las que tendré solo la revelación? ¿U opinas, lo que me inclino a creer, que yo reserve, para ser publicadas después de mi muerte, las obras de pensamiento y de poesía pura, penetradas por la filosofía nueva, y afirmándola, aumentando la luz humana, igual que lo hacen, sin pretender enseñar ni revelar nada, todas las grandes obras de arte y de poesía, con las que yo no comparo nada de lo que he hecho? Resumiendo: ¿lo que me aconsejas publicar después de mi muerte son las obras de revelación? Y, en este caso, ¿la revelación no habrá ya sido hecha? ¿O son las obras de poesía, que contienen, como todas mis otras obras, solo en un grado más profundo aún, la intuición divina mezclada con la creación humana? En una palabra: ¿qué debería haber en mi tumba, un profeta o un poeta? Mi razón me dice un poeta, pero espero la respuesta.

—Se trata de una obra formidable titulada *Consejos a Dios*. La tierra desaparece, el sepulcro, murciélago de piedra, abre sus alas de sombra en el crepúsculo de la resurrección y agita con su vuelo el vidrio resplandeciente de los astros; el pájaro siniestro va de planeta en planeta y su grito de noche, cada vez que toca la orilla de una constelación, se convierte en un canto de luz; sale de noche y trae la aurora; vuela desde un infierno y anuncia un paraíso; parte búho y llega golondrina; se escapa del viejo tronco del árbol humano y se posa en el extremo de cada rama en el lugar en que el fruto se transforma en estrella; sale de los huecos de los cráneos y salta de paraíso en paraíso, y anida de alegría en alegría; y anida de alegría en alegría.

—¿Repites esta frase?

—No.

—¿Es pues debido a un error mío que la has dictado dos veces?

—Sí.

—Continúa.

—... e incubaba uno tras otro todos los globos y hace eclosionar en el cielo esos huevos...

—*Te interrumpo para preguntarte si conoces los versos que hice hace diez días.*

—No.

—*Continúa.*

—...de arcángeles. Oh vivo, esto es lo que te aconsejo: la obra de tu alma debe ser el viaje de tu alma. Tú no debes profetizar, tú tienes que adivinar; tú tienes que adivinar el cielo estrellado, trazar en él tu itinerario, dibujar en él los albergues con el dedo, fijar en él los relevos de amor del pensamiento, viajero invisible, marcar por anticipado las etapas desconocidas en la gran ruta hecha de precipicios que conduce a la hospedería feroz de lo incomprensible. Señor del castillo de la inmensidad, tienes que decir en esas páginas cuáles son los planetas que te esperan y hablar de su civilización, de su luz, y de su sombra, de sus espinas y de sus flores, de su lugar en el horror o de su marcha en la alegría, de sus gritos o de sus himnos, y, desde el fondo de tu tumba, el mundo tiene que oírte decir: hay un astro en el infinito que se llama Saturno y que sufre; hay un astro en el infinito que se llama Mercurio y que sufre; hay un astro en el infinito que se llama Marte y que sufre; ¡oh, Dios mío, cuántas estrellas que son castigadas! ¡Cuántas constelaciones que son crucificadas! Señor, vuestro cielo está cubierto de llagas, vuestros astros son gotas de sangre.

—*He hecho los versos que dices. He hecho este verso (en otro sentido):*

«*De esas gotas de sangre que uno toma por estrellas*».[1] — Vuestros soles se gangrenan, vuestras lunas tienen la horrible peste del castigo, vuestras constelaciones que se arrodillan desde hace millones de años, han acabado por fracturarse el cráneo y el puño contra las tinieblas, y no son más que muñones de infierno, vuestras creaciones no son más que jirones de carne, vuestras aureolas no son más que harapos de rayos, vuestros prodigios...

—Yo he dicho:

«Él llevaba sobre su frente un harapo de luz...».[2]

—...tienen la cabeza cortada, vuestro firmamento es el inmenso desagüe donde giran todos esos cadáveres y vuestros espléndidos caballos de herraduras de luz, locos de rabia y tomando la mordaza entre sus dientes, descuartizan la inmensidad.

La mesa se detiene en seco. Se ha puesto el sol. Inmediatamente después, Victor Hugo va a buscar a su habitación la pieza hecha por él y la lee a las personas presentes empezando por:

«Sabed que en la sima oscura»

Y acabando por:

«De uno de esos mundos aterradores»».[3]

10 de noviembre de 1854.

Las dos de la tarde.

Charles y Madame Hugo conducen la mesa.

Están presentes: Victor Hugo y François Hugo.

Victor Hugo —*¿Quién está ahí?*

—La Muerte

—*¿Sabes qué día volverá el león de Androcles?*

—No.

—*¿Qué tenemos que hacer para que vuelva?*

—Vendrá por sí solo.

—*Retomemos nuestro diálogo. Como sabes, a través de mi obra escrita, que leí el otro día a los aquí presentes inmediatamente después de tu partida, y también por algunas obras más, yo ya he hecho una parte de lo que me pides, y lo he hecho, incluso, bajo forma afirmativa. Lo único que ocurre es que yo no me he implicado en esta afirmación, considerándome demasiado poca cosa para hablar de mí a propósito de esas inmensidades. Ahora tú me dices: «Adivina el viaje interior de tu alma y di lo que hayas adivinado en libros que no aparecerán hasta después de tu muerte». Me parece que no serán más que conjeturas y que, a los ojos de los hombres, carecerán de certeza. ¿Acaso existe para mí, fuera de las revelaciones de la mesa, un medio humano de entrever y de precisar el porvenir desconocido del que me hablas? Dado que para afirmar es preciso, al menos, haber entrevisto. Si yo me limito a adivinar y a decir «yo adivino», ¿seré creído? ¿No hace falta algo más? Cuando*

diga, después de mi muerte, en un libro póstumo, «Yo estoy allí, yo veo esto», la masa pensará: «Él escribía cuando estaba vivo. ¿Cómo lo sabía?». Por eso, ¿hay un medio humano (insisto: humano, o al menos del que solo yo posea el secreto estando vivo) de saber durante la vida las cosas misteriosas que me dices que afirme después de mi muerte?

—Estudia a fondo la astronomía humana: está llena de semillas de verdad de las que podrás concluir verdades aún mayores; por ejemplo, tendrás la posibilidad de establecer la nomenclatura exacta de vuestros sistemas planetarios, de los mundos felices y de los mundos infelices según su distancia con el sol; la ley del cielo es acorde a la ley de la tierra; esta ley es la abnegación del grande por el pequeño, del bueno por el malvado, del rico por el pobre, del bello por el feo, del justo por el injusto, del feliz por el triste, del sonriente por el sangrante; es una misteriosa compensación de la sombra por la luz, de la noche por el alba; es la liberación de la piedra culpable de la horca por la piedra mártir de la cruz; es la liberación de la planta venenosa por la planta perfumada; es la liberación de la bestia feroz por la bestia poderosa y por la bestia dócil; es la liberación del hombre criminal por el hombre inocente; es la liberación del alma castigada por el alma recompensada; es la liberación de la idea falsa por la idea verdadera; es, finalmente, la liberación de la estrella que llora por la estrella que luce y el inmenso sacrificio del paraíso por los infiernos. El cielo estrellado contiene constelaciones escasas y prodigiosas cuya misión es acercarse lenta e incesantemente a los mundos miserables e iluminarlos progresivamente con un día que empieza siendo crepuscular y termina siendo resplandeciente; hay otras igualmente sublimes que tienen, no la función de aproximarse, sino la de atraer. Doble esfuerzo: doble y terrible labor. Unas descienden, otras propician el ascenso; unas se hunden en las tinieblas, otras se ponen a transpirar oleadas de luz; estas últimas se lanzan a nadar en el firmamento y traen del fondo de la noche estrellas pálidas y de cabelleras

agitadas; sin perturbarse, se transforman en llamarada y leña del gran hogar negro, y calientan a las pobres ahogadas. ¡Oh constelaciones bondadosas y fuertes que se convierten en siervas de la espantosa morgue del castigo! ¡Oh astros bondadosos que se atan a los astros extraviados! ¡Soles que se convierten en perros lazarillos! ¡Esferas que se convierten en cuencos de limosna! ¡Luces que se vuelven fieles a los ojos cerrados! ¡Pléyades, planetas, rayos, antorchas, vivos esplendores, leones de la llama, osos de fuego, escorpiones de carbúnculos, tigres, panteras, leopardos, elefantes, zoológico deslumbrante de formidables soles que, por amor, se convierten en los caniches y terranovas de la inmensidad! El cielo, pues, es parecido a la tierra; se da un salvamento continuo de los astros por los astros; hay grandes astros igual que hay grandes hombres; existe la estrella Sócrates, la estrella Galileo, la estrella Jean Huss, la estrella Juana de Arco, la pléyade Macabea, la estrella Dante, la estrella Molière, la estrella Shakespeare y, en medio del cielo, en la tempestad y la gloria, rodeado de nubes y de llamas, está el sol Jesucristo, clavado magníficamente en la cruz del Sur.

Entendido así, el firmamento debe aparecer bajo... —*Yo hago versos que se acercan a esas ideas sin afirmarlas. En unos represento a Dios que criba en el mismo tamiz los astros y las almas; en los otros, que empiezan así:*

«La tierra es al sol lo que el hombre es al ángel»...[1]... digo que el castigo es en virtud de la distancia con el sol. (Escribo esto sin interrumpir a la mesa y solo como nota).

—...un aspecto nuevo. El lugar de los mundos, el rol de las esferas, no son algo arbitrario. Acabo de abrir en tu espíritu horizontes necesarios, ya volveremos a hablar de ellos. Ahora llego a tu cuestión. Pero antes, una reflexión más: hay, en los mundos castigados hombres, animales, plantas y piedras que contribuyen a la liberación de su astro al mismo tiempo que hay en los mundos recompensados soles que hacen la misma labor de emancipación que con los mundos castigados. Mientras que la estrella afortunada

trabaja para salvar a la desafortunada, esta misma estrella es ayudada a veces por un hombre, a veces por un animal, a veces por una planta, a veces por una piedra. La estrella ayuda al hombre, el hombre ayuda a la estrella; la estrella ayuda al animal, el animal ayuda a la estrella; la estrella ayuda a la planta, la planta ayuda a la estrella; la estrella ayuda a la piedra, la piedra ayuda a la estrella. De noche, a la hora del alma, cuando el cuerpo duerme, el hombre sabio y el astro sabio intercambian palabras de amor. Molière le dice a Venus: «¡Te amo!». El animal mártir habla a la estrella liberadora, la planta sufriente conversa con el planeta caritativo, y el grano de arena aplastado grita «¡isocorro!» al grano de luz.

La mesa se detiene bruscamente.

Crepúsculo. Son las cinco.

10 de diciembre de 1854.

Nueve de la noche.

Charles y Madame Hugo conducen la mesa.

Están presentes: Mademoiselle Adèle Hugo,

François Hugo, Vacquerie, Guérin,

después Victor Hugo.

Antes de que la interroguen, la mesa dice:

—Galileo.

—*Habla.*

—Vengo a responder a la objeción de Victor Hugo que concierne a la inexactitud científica de la cosmogonía de las mesas. Que la formule.

Victor Hugo entra y toma la pluma.

Victor Hugo —*Aquí tienes, no la objeción, sino la observación. En sus admirables palabras de la segunda sesión (22 de octubre), el ser colosal que me hablaba me pareció demasiado condescendiente con el punto de vista humano, es decir, con la ilusión que nos hacemos del cielo cuando lo miramos. Es evidente que eso que nosotros llamamos las constelaciones son grupos ficticios formados por nuestra mirada a partir de estrellas que nos parecen de un tamaño más o menos parecido. Sin embargo, una pequeña estrella que está cerca, para nosotros parece grande, y una gran estrella que está lejos nos parece pequeña. Dos estrellas que nos parece que están*

una al lado de la otra y de dimensión parecida, y que agrupamos en una constelación, están tal vez en realidad separadas por enormes distancias, y pertenecen en el infinito a grupos completamente diferentes. Nuestra construcción de las constelaciones es pues puramente arbitraria y resultante de una ilusión óptica. Evidentemente hay verdaderas constelaciones. Las que nosotros creemos ver son constelaciones falsas. No obstante, puesto que nuestra minusvalía humana consiste en eso, me parece que la mesa, diciéndonos cosas tan altas, habría podido hablarnos en el lenguaje espléndido de la verdad. No nos creemos indignos de comprenderlo. La mesa, pues, podría decirnos: «Las constelaciones que vosotros veis, es vuestro ojo el que las agrupa y vuestra ilusión quien las crea; todos esos nombres con que las nombráis —León, Capricornio, Sagitario— son nombres de vuestros monstruos y de vuestros sueños. Hay constelaciones reales que no llevan nombres terrestres, sino nombres celestes. Así es como se llaman. Es de estas constelaciones que yo os hablo». Entonces, desde las alturas de esas realidades, la mesa habría confirmado las explicaciones sublimes que nos ha dado. Eso no habría sido más alto para los hombres de fe como yo, pero sí más inatacable para los hombres que dudan, y es también a ellos, me parece, a quien hay que hablar. Dicho esto, escucho tu respuesta.

—Respondo dos cosas: primero, si la mesa tuviera que hablar no el lenguaje humano sino el celeste, vosotros no la entenderíais; en el lenguaje celeste, el hombre no se llama el hombre, la bestia no se llama la bestia, la planta no se llama la planta, el guijarro no se llama el guijarro, la tierra no se llama la tierra, el aire no se llama el aire, el agua no se llama el agua, el fuego no se llama el fuego, el cielo no se llama el cielo, la estrella no se llama la estrella, la constelación no se llama la constelación, Dios no se llama Dios. Allí donde no hay cuerpo, no hay palabras; estas palabras son de la materia con que vosotros creáis el ideal; el infinito es anónimo, la eternidad no tiene partida de nacimiento; el espacio, el tiempo son

desconocidos trastornados que corren por la inmensidad; el espacio no tiene mirada, el tiempo no tiene pies; uno es una sombra que cae en el abismo, el otro es un abismo que cae en la sombra; el espacio, el tiempo: dos máscaras, dos apariencias, dos visiones, dos sueños, dos imposibles, dos ojos reventados del horror, dos pezuñas sangrantes del castigo, dos mandíbulas formidables del abismo; pero eso, el rostro, no. El rostro no habla, el rostro no oye, el rostro no formula; Dios hablante es Dios lengua; Dios lengua es Dios boca; Dios cuerpo es Dios hombre; Dios hombre es Dios bestia; Dios bestia es Dios planta; Dios planta es Dios guijarro. ¿Te imaginas? ¡Dios guijarro! ¡Él que ni tan solo es Dios estrella!

No, la lengua celeste no existe. No hay alfabeto de lo increado; no hay gramática del cielo; no se aprende lo divino como el hebreo; lo celeste no es un dialecto de lo terrestre; el infinito no es una especie de chino desconocido; los ángeles no son profesores de la lengua divina, suplentes de la cátedra de la Inmensidad. No. Todo eso no tiene nombre, todo eso es luz y es desconocido; todo eso es rayo y es máscara; todo eso es sol y es errante; la inmensidad es una familia de vagabundos; el espacio no tiene pasaporte, no hay descripción del cielo. La eternidad no tiene genealogía, la creación no tiene nombre de bautismo; Dios no tiene fuego ni lugar; todo lo que es lo increado es lo innombrable; la lengua celeste se habla en el deslumbramiento, expresarla es resplandecer; lo luminoso es lo claro; lo fulminante es lo sublime; hablar la lengua celeste es lanzar llamas; un cielo que habla se llena de estrellas; un cielo que calla cierra los labios de las tinieblas, y cada letra de ese terrible vocabulario es un incendio sobre el que sopla la sombría boca de la noche; el diccionario del infinito está lleno de puntuaciones de estrellas. ¿Y qué dirías tú si, para hablarte la lengua que reclamas, tú, enclenque, esta mesa en lugar de sílabas, de palabras o frases te lanzase de golpe al oído millones de astros, te tirase a la cara a Júpiter, a Aldebarán, a Saturno, y esparciese en tu papel la mancha

de tinta de la noche estrellada, y te hiciese las correcciones con cometas furiosos?

La mesa se detiene.

—No es más que la primera parte de tu respuesta. ¿Quieres volver el domingo para decirnos la segunda parte?

—Sí.

La sesión se cierra a las once y media.

17 de diciembre de 1854.
Diez menos cuarto de la noche.
Charles y Madame Hugo conducen la mesa.
Están presentes: Victor Hugo, Guérin.

Victor Hugo pone sobre la mesa dos hojas verdes que ha recogido durante el día.

—Galileo.

Victor Hugo —*No has respondido más que a lo accesorio de mi cuestión, y no a lo principal. Mi cuestión se refería sobre todo a las constelaciones reales, para vosotros distintas de nuestras constelaciones falsas.*

—Otro error. Escucha: ya he dicho cómo las mesas, para que vosotros las podáis comprender, se ven obligadas a emplear vuestro lenguaje; no obstante, vuestro lenguaje es una convención.

Victor Hugo retira las hojas, que no han dado resultado.

—Vuestro lenguaje es el vapor de vuestra boca; pone nubes en las estrellas. ¿Quiere decir que os equivocáis en todo? No. Vuestras manos tantean el cielo y a veces llegan a tocar los pomos resplandecientes de las puertas divinas; todo lo falso del hombre está lleno de lo verdadero de Dios; no hay error en el absoluto; lo relativo no es lo relativo; la mentira no es más la mentira ni el descubrimiento es el descubrimiento; Herschel no encuentra nada para Dios; los verdaderos astrónomos no son más verídicos que los falsos; todos los telescopios humanos se acercan un poco; ese no es el sentido pero tampoco el contrasentido. Tú me dices: «Yo quiero el

cielo auténtico y no el cielo imaginario; yo quiero el firmamento real, las constelaciones reales, los soles reales; yo quiero la inmensidad de Dios completa, sin lagunas, sin solución de continuidad; yo quiero el abismo sin vacío; que me traigan el infinito; que me traigan el misterio; pido el mapa de la tumba, el itinerario de la resurrección; que me muestren lo inconmensurable; que me abran lo insondable; que me abran ya mismo los sellos del cielo; quiero hacer un registro a las estrellas; constelaciones humanas, vuestros papeles: Osa Mayor, demuéstrame tu identidad; Capricornio, mientes; Acuario, mientes; sospecho de vosotros; firmamento, sospecho de ti; quiero inspeccionarte; basta de evasivas; cerrad todas las puertas; que no se escape ni una estrella; ponedle las esposas a Dios, tengo que interrogarle. Y ahora, noche sombría, comparece, y ahora, día radiante, responde, y ahora que se levanten los soles acusados; yo soy el presidente del tribunal penal de la noche; tengo un jurado de fantasmas; se abre la sesión; silencio en el banquillo de los astros. Que entre el testigo Galileo».

Yo entro y digo: «¡Oh hombre vivo! ¿Acaso conozco el cielo? ¿Acaso he recorrido la inmensidad, no habiendo recorrido la eternidad? ¿Cómo quieres que te diga las causas y los efectos del infinito aquel que no lo origina ni lo genera?». Nadie ha sido el confidente de tu inmenso acusado, el misterio; en ese caso, ningún amigo íntimo puede hacerte revelación alguna; solo él sabe su secreto. No hablará ni una estrella. Todos los conjurados de la sombra callarán, y la sociedad secreta de los astros ocultará a Dios. La verdad no hará ninguna confesión, el absoluto no se dejará intimidar, y ningún juez de instrucción interrogará al Paraíso, y ningún secretario hará la lista de las constelaciones, y ningún procurador hojeará el dossier de Dios, y no habrá sentencia que diga ante la multitud: «Los soles han sido absueltos, las constelaciones son condenadas, la Gran Osa se disuelve, Júpiter es devuelto debido a la denuncia; Aldebarán será puesto en libertad y podrá circular por el cielo; en cuanto a la creación, será controlada, y la inmensidad es

condenada a cien mil años de vigilancia del alto pensamiento». Yo, Galileo, yo declaro ignorar el contenido del infinito; ignoro dónde empieza y dónde acaba; ignoro lo que tiene delante, detrás, en medio, a la derecha, a la izquierda, al este, al oeste, al sur, al norte; no conozco el interior ni el exterior; veo astros, astros, astros; veo estrellas, estrellas, estrellas; veo constelaciones, constelaciones, constelaciones; veo rayos mezclados con esplendores entretejidos con resplandores, deslumbramientos perdidos en contemplaciones, contemplaciones sumergidas en deslumbramientos; soy arrastrado por el giro prodigioso de la rueda con cojinetes de oro. ¿Dónde va? No lo sé. La noche es la rodera de las estrellas. Miro la noche y no veo otra cosa que millones de ruedas de los carros del triunfador eterno, lanzadas a toda velocidad hacia un objetivo invisible; soy un ignorante de lo desconocido; no sé más que el astro alfa y el astro omega; dudo que alguien te diga más que yo sobre la noche; es una mina de tinieblas con filones de estrellas; no podemos cavar la sombra más que con la sombra, igual que no podemos pulir el diamante más que con el diamante; la cantera de mármol negro deja adivinar de vez en cuando la estatua al estatuario, y Dios al cielo. Eso es todo. El firmamento es un enorme enigma con millones de claves; una estrella es la negación de otra; todos estos astros se niegan y se afirman, y ninguno sabe si esos millones de oro que resplandecen pertenecen al no o al sí.

La mesa se detiene.

La sesión se cierra a la una y media de la mañana menos diez minutos.

Victor Hugo — *Tengo que escribir una nota.*

No insistiré; es para mí evidente, a partir de lo que la mesa ha dicho esta noche, y en muchas otras ocasiones, que el mundo sublime que consiente comunicarse con nuestro mundo tenebroso no quiere dejarse forzar por él, incluso si la curiosidad no es más que adoración ante Dios y respeto ante el infinito. Ese mundo sublime quiere permanecer sublime, pero no quiere volverse exacto,

o al menos quiere que su exactitud se nos aparezca como enorme y confusa en prodigiosas vistas de sombra y de luz; quiere ser nuestra visión, y no nuestra ciencia. Quiere preservar ante nuestros ojos la figura sorprendente del imposible multiplicando los lineamentos de lo real. Ni siquiera consiente a aceptar, para volver sus puntos de vista más humanamente correctos, los hechos científicos adquiridos, ni la penetración de nuestra razón y de nuestra observación. En una palabra, quiere que el hombre dude. Esta es visiblemente la ley, y yo me resigno. Para mí es algo asombroso: yo planteaba una humilde cuestión y nadie sabe mejor que yo que átomos somos y que nada soy ante Dios, ¿y esta cuestión le parece a la mesa una acusación? Yo le pedía a la mesa (digo a la mesa para resumir) si no consideraba que sus grandes revelaciones sobre la función de los astros no habrían tenido, si no más autoridad para nosotros, más solidez para los que la niegan, basándose en los datos de nuestra astronomía, repudiándola, fatalmente, como inexacta, diciendo, por ejemplo: «No hablo en absoluto de las constelaciones aparentes configuradas por la ilusión de vuestros ojos, sino de las constelaciones reales agrupadas por Dios. Quiero hablar de lo que no veis y de lo que no sabéis». ¡Pues bien! El ser que me responde con espléndido lenguaje dice: «Me llamo Galileo». Y Galileo, que ha luchado y sufrido para destruir la ilusión sobre la tierra, ¡toma partido por la ilusión! Galileo, que podría llamarse Realidad, ¡toma partido por la apariencia! Él, que es el pensamiento y la grandeza, ¡califica con ironía la grandeza del pensamiento! Termina prácticamente por decir «sí» y «no», él a quien el «no» le hace arrodillarse y que vuelve a levantarse diciendo «¡sí!». Evidentemente no se equivoca, y sabe lo que hace, y si rechaza dar explicaciones sobre la apariencia y la ilusión, es que la apariencia y la ilusión forman parte del punto de vista humano, y que el hombre debe continuar siendo la Duda. Las mesas, que empiezan a esta hora la gran Biblia nueva, retuercen y mezclan el libro de la oscuridad y el libro de la luz; nos dejan creyendo más intensamente, andando aún

más a tientas. No revelan nada más que para su tiempo, y no para el nuestro. En ciertos momentos despejan las tinieblas propagando esplendores, pero esplendores-relámpago más que esplendores-rayo. En cuanto empezamos a ver con un poco de claridad, el mundo misterioso se cierra. Es necesario que no estemos seguros de nada, esa es la expiación humana. Cada vez que el hombre se sumerge extraviado en las tinieblas y, chorreando todas las espumas del abismo y de la noche, consigue agarrarse a la barca de la fe y sacar medio cuerpo de la oscuridad, la sombra que está en la barca lo empuja a soltarse y lo vuelve a lanzar al abismo y le dice: «¡Venga, hombre, lucha, sufre, gira, nada, duda!». E pur si muove! ¡Y sin embargo creo! ¡Y sin embargo creo! ¡Y sin embargo creo! ¿En ti, mi alma, en vos, mi Dios!

Dicho esto, es solo para saldar mis cuentas con mi consciencia sobre las minucias que repito aquí la observación, ya hecha anteriormente, sobre la coincidencia entre la mesa y yo, en lo que atañe a la expresión, que es la idea en detalle; así, el lenguaje como vapor de la boca, las manos tanteando el cielo, los sellos del cielo, la cantera de mármol negro y la estatua, están prácticamente con todas sus letras en las piezas que forman parte de Las contemplaciones. (Victor Hugo).

Lunes, 18

Después de haber revisado esta nota que escribí sin intención de convertirla en una pregunta, deseamos hacer hablar a la mesa. Es la una y media de la tarde. Charles y mi mujer conducen la mesa. Esta se levanta casi inmediatamente y golpea sin ser interrogada.

—La Sombra del Sepulcro.

—*Sabes que no te hacía ninguna pregunta, tú ves mi pensamiento. Te escuchamos.*

—Vengo a aportar, no una de las llaves del cielo, que tiene que mantenerse cerrado a la ciencia humana, sino una de las llaves de Dios cuyo poder es el de abrir las puertas sobre el escalón más alto del espíritu humano; el firmamento está lleno de puertas toscas y

sombrías; es un ruido eterno de goznes de bronce y de clavos espléndidos, y de barrotes resplandecientes y de tenazas luminosas; pero Dios no tiene candados; su manera de cerrarse es la de ser sin límites; su muralla es lo ilimitado; su horizonte es lo impenetrable; uno no entra en él porque todo en él es majestuosamente libre al paso del alma; haríamos un viaje infinito por el ser sin fondo; nos perderíamos en ese Dios, en ese Verbo, en esa red inextricable de caminos resplandecientes, en ese virgen bosque de resplandores; Dios es el gran muro y el gran abordable; él escapa a lo inaccesible y se entrega en lo accesible; no se evade, no se aísla, no huye; él solo está por todas partes; los millones de mundos conforman a este enorme solitario; las multitudes de creaciones hacen a este inmenso anacoreta; las multitudes de cielos hacen esta prodigiosa caverna; el tropel de astros y el populacho de soles son el alma y la unidad de este tranquilo cenobita que lanza sobre el mundo su sayal de tinieblas; la libertad universal hace a este inconmensurable prisionero; Dios es el secreto en el misterio; Dios es el amo de la prisión que se conmueve ante la esclavitud, pero es él mismo esclavo; él no es sino miseria; él no es sino dolor; él no es sino piedad; Dios es la gran lágrima del infinito. Vengo pues a...

—*Yo he hecho este verso:*

«*Dios, lágrimas del infinito*».

—...a decirte el pensamiento de Dios sobre el firmamento del que quieres saber algo más; y, primero, ¿por qué saber más y no todo? Dado que estás pidiendo, ¿por qué pedir tan poco? Eres poco exigente. ¿Qué importa una migaja de cielo de más o de menos? ¡Qué apetito de infinito mediocre el que pide un suplemento de estrellas y el que se queja a su carcelero de su ración de astros! ¡Hete aquí en verdad una gran voluntad, una bonita rebelión, un motín terrible! ¡Algunas manzanas de oro de más o de menos en el desierto! ¡Pobre hombre, qué bella conquista si Galileo te hubiera dicho, en lugar del miserable punto de vista de la Tierra, el miserable punto de vista de Júpiter, el miserable punto de vista de

Venus, el miserable punto de vista de Saturno, el miserable punto de vista de Marte! ¿El error de Mercurio es el fruto que te seduce? ¡Oh Tántalo del cielo! ¿Quieres la ilusión de Palas? ¿Quieres la óptica de Herschel? ¿Quieres el espejismo del planeta de la izquierda, en lugar del fuego fatuo del planeta de la derecha? ¿Deseas, no el absoluto, sino un «relativo» distinto al tuyo, no la verdad, sino otra falsedad distinta a la tuya, no el verdadero sentido, sino un contrasentido? ¿Tienes apetito de humo, eres glotón de bruma, famélico de sombra? Tú, que crees pedir una mayor cantidad de realidad, pides una mayor cantidad de engaño; quieres una variedad de nubes, pero no de días; quieres hacer un haz de luz con las tinieblas, y viendo que tu mundo no ve con suficiente claridad el cielo, te quejas de no poder contar con la opinión de tres o cuatro planetas más: ¡qué lástima que no seamos suficientemente ciegos! Sobre eso rompes las farolas del buen Dios. Yo, si estuviese en tu lugar, pediría todo o nada; exigiría a la inmensidad, lanzaría advertencias al infinito, levantaría mi barricada hasta la última planta del cielo, haría una revolución completa, querría saberlo todo, tenerlo todo, tomarlo todo; no le permitiría ocultarme un infierno; no perdonaría al cielo ni un paraíso; me metería en el abismo; haría de mi cerebro el engullidor de Dios; yo daría un inmenso bocado al infinito; sería un inmenso y terrible Gargantúa de estrellas, un colosal Polifemo de constelaciones, de torbellinos, de truenos; bebería la jarra de leche de la Vía Láctea; me tragaría los cometas; desayunaría aurora; comería día y cenaría noche; me invitaría, espléndido comensal, al festín de las glorias, y le diría a Dios: mi anfitrión; ¡me causaría un hambre magnífica, una sed magnífica y, Sileno de los mundos, correría por el espacio ebrio de esferas y cantando la temible canción de taberna de la eternidad, feliz, radiante, sublime, las manos llenas de racimos de astros y el rostro púrpura de sol! ¡No dejaría ni una estrella vacía y, al final del festín, rodaría bajo los cielos iluminados!

Pero tú, tú eres más modesto, tú pides limosna al mundo, no eres más que el mendigo de Dios, y le tiendes la mano diciendo: «Un pequeño astro, por favor». Abordo la cuestión que te preocupa. Tú dices: «Los sabios se van a reír de nuestra astronomía; exclamarán: "¿Qué significan estas constelaciones que no lo son?"». ¡Nuestras ilusiones ópticas tomadas en serio! Pero no debe haber ninguna relación entre las estrellas que forman para nosotros el grupo de la Osa Mayor, el grupo de Capricornio o cualquier otro. ¡Hay distancias incalculables entre los mundos de los que mezcláis los roles en el cielo! ¡Obligáis a acciones comunes a estrellas que no se conocen! ¡Hacéis una asociación de chiste entre estrellas que viven a millones de leguas y que no se han hablado jamás, menuda farsa! Vuestro cielo es la mano de un malabarista en que los astros danzan y hacen piruetas, y vuestra astronomía es una mesa en que el trilero tiene el talento de hacer desaparecer las distancias. Nada de constelaciones, nada de cielo, nada de Dios. Hacéis reír a los matemáticos, y nosotros os proporcionamos un desmentido. Vuestra noche estrellada no tiene nada que responder a nuestra negra pizarra; nuestros telescopios sitian el cielo y nuestros cañones están cargados en nuestros observatorios, listos para enviar a vuestras constelaciones una metralla de cifras. ¡Oh sabios, por encima de vuestros cálculos está la unidad! La unidad es el total de Dios. No hay cifra mil, no hay cifra cien, no hay cifra diez, no hay cifra dos; Dios no cuenta más que hasta uno. El cielo es una inmensa constelación. No hay dos grupos de astros; no hay más que uno. No hay millones de leguas; no hay millones de pies; no hay distancias en el cielo; no hay más que vecindades, y no hay más que una familia, y no hay más que un pueblo, y no hay más que un mundo. Todas las pequeñas constelaciones son falsas en lo relativo y verdaderas en el absoluto, la Osa Mayor y Acuario y Orion son agrupaciones hechas para los ojos que no alteran la armonía celeste; todos los astros se ven, se conocen, se atraen y se aman; se buscan y se encuentran; se comprenden, se vivifican; los hay que

se comunican entre sí; los hay que se esposan, que se engendran y que se dan sepultura; no hay astros solitarios, no hay astros huérfanos, no hay estrellas viudas; no hay soles perdidos; no hay ningún rincón de la noche en duelo; no hay día abandonado; no hay esfera que no sea en sí misma el núcleo del cielo! ¡Toda la bóveda está llena de un solo astro que se propaga; los otros astros no son más que semillas del astro-flor! Una inmensa necesidad de entrega, esa es la ley de los mundos; la noche es la democracia estrellada; el firmamento es la república simbólica que mezcla los astros de todos los rangos y realiza la fraternidad a través del...

—*Yo he dicho:*

«*El porvenir es el matrimonio de los hombres sobre la tierra
Y de las estrellas en los cielos*».[1]

—...resplandor. El astro-palacio ayuda al astro-taller, el astro-taller ayuda al astro-mansarda, el astro-mansarda ayuda al astro-sótano, el astro-sótano ayuda al astro-presidio; lo infinitamente pequeño es el hermano menor de lo infinitamente grande; una estrella genio instruye a una estrella idiota; los soles-Hércules están siempre cerca de los soles-cuna; el rostro de los mundos felices mira siempre al lado de los mundos infelices; las estrellas castigadas lloran siempre al lado de las estrellas recompensadas; las estrellas recompensadas sonríen siempre al lado de las estrellas castigadas. El consuelo es la forma de la recompensa. Siempre hay un astro-paloma cerca de un astro-tumba. Siempre hay un sol que sutura próximo a un sol que sangra. La inmensidad es la palabra de amor de la eternidad. Amor, amor, tú eres la solución suprema, tú eres la última cifra, tu eres el millardo de Dios y el total prodigioso que forman en el firmamento estrellado todos esos ceros deslumbrantes. Tú eres el cálculo extremo, el tesoro del sepulcro y la herencia de los muertos. Tu estás lleno de resurrecciones y tú haces de las criptas celestes lugares espléndidos donde se ven brillar, a través de la profundidad de las tumbas, las pilas de cadáveres y los lingotes de osamentas.

Se cierra la sesión a las siete.

Victor Hugo que había transcrito toda la sesión hasta las últimas veinte líneas, al tener que salir ha sido reemplazado por Auguste Vacquerie.

19 de diciembre de 1854

Insisto en no hacer ninguna objeción. Todo esto es enorme. Sin embargo no confundo la enormidad con la inmensidad. Solo Dios es inmenso. Me parece que el que se ha dirigido a mí personalmente, confirma mi nota precedente. Ahí están, bajo otra forma, los grandes reproches bíblicos; mi consciencia me dice que los he merecido. Por lo demás, en mi pensamiento, no creyendo equivocarme, creo que el mundo misterioso que nos habla este lenguaje magnífico tampoco se equivoca. Hace su función cerca de nosotros; debe dejarnos nuestra duda, y hace lo necesario para conseguirlo. La mesa me dice (10 de noviembre) «estudia a fondo la astronomía humana», y (18 de diciembre) «¿qué te importa una migaja de cielo de más o de menos?». Se burla de lo que me aconseja. No insisto. Quedándome tranquilo en mi conciencia, me inclino silenciosamente ante el ser sublime que me habló ayer y que terminó con tan altas y delicadas palabras. (Victor Hugo).

11 de febrero de 1855.

Nueve y media.

Charles y Madame Hugo conducen la mesa.

**Están presentes: Madame Allix, Jules Allix,
Vacquerie, François Hugo, Victor Hugo.**

Victor Hugo —*¿Quién está ahí?*

—Jesucristo.

—*¿Quieres hablarnos de ti o quieres que te hagamos preguntas?*

Si quieres que te hagamos preguntas, golpea una vez.

La mesa golpea una vez.

Vacquerie —*En el momento en que en Jersey el misterio nos habla a través de la voz de las mesas, en Francia todos los espíritus se vuelven hacia el misterio; se estudian las religiones más profundamente; el druidismo, notablemente, preocupa a todos los pensamientos. Se da el hecho de que las tríadas de los bardos, de las que acaban de encontrar unos fragmentos, guardan, en la forma y el fondo, asombrosas relaciones con las palabras de las mesas. Las mesas coinciden, en otros puntos, con el cristianismo y, en otros, con la Revolución francesa. Cosa bien simple, pues el porvenir no destruye el pasado, lo completa, y la verdad definitiva no será más que la suma de todas las fracciones de verdades dispersas en las sucesivas renovaciones. Tú, que has aportado al pensamiento humano una cantidad de verdad tan grande, ¿quieres decirnos en qué punto todas esas revoluciones se encuentran y en cuál se superan? ¿Quieres explicarnos en qué ha superado el cristianismo al*

druidismo, la Revolución francesa al cristianismo, y lo que las mesas aportan a la revolución?

—Los druidas son la primera religion del hombre y el primer estallido del alma en el cuerpo. Ellos irradian a través de los despojos de la materia sangrante. Ellos quiebran el cuerpo a golpes de cielo. Ellos asesinan al hombre a golpes de Dios. Ellos matan al niño a golpes de plegaria. Ellos rompen al anciano a golpes de tumba. Ellos hacen del alma espléndida la liberadora de todo y la asesina de todo. El alma del druidismo es un ángel que tiene alas en forma de hacha. El druidismo llena el bosque, el río, la bestia, la piedra, de manchas de sangre y de reflejos de estrellas. Propaga la eternidad a base de llagas y la inmortalidad en todo sepulcro. Arranca los soles del cuerpo del hombre mediante la tortura. Sitúa al cuerpo ante la cuestión del infinito, lo atenaza con los límites del firmamento, le transfunde rayo fundido en las venas, lo desmiembra con los cuatro vientos, lo decapita con el filo de oro de la luna, y lanza su testa en el oscuro osario de las enormes tinieblas. El druidismo es el crimen del alma en el hombre. Es la eternidad, la inmensidad, el cielo, las estrellas, el relámpago, el rayo, bandidos.

El cristianismo sube un grado sobre la Tierra y desciende un grado en el Cielo. El amor que enseña recibe el nombre de caridad y el odio que enseña recibe el nombre de infierno. El hombre lo es todo: la planta, el animal, la piedra, nada. Él dice: alma inmortal y penas eternas. Él cura a los enfermos y tortura a los culpables. Él sitúa el sacrificio humano en el firmamento, la pregunta en la tumba, el sufrimiento físico en el mundo inmaterial, y hace de las estrellas el infame tizón de un carnicero de tinieblas. Perdón, Dios mío, el cristianismo se venga, el cristianismo se enfurece, el cristianismo castiga sin remisión, el cristianismo muere en la cruz y tortura en la nube. Él hace de la noche la sombría voluntad de la muerte. Del pecado, él dice tinieblas; del alma, materia. La tumba es la caída en el cuerpo, y no el vuelo en el alma. El druidismo atormenta al cuerpo en vida, el cristianismo martiriza al cadáver. El

cristianismo quiere el cielo en llamas, el druidismo quiere la tierra ensangrentada. El cristianismo es, como todo lo humano, un progreso y un mal. Es una puerta de luz con una cerradura de noche. La llave está delante de la puerta, el que la transita abre y cree estar en casa de Dios, pero el que la transita se equivoca, Dios es el ausente de la casa. Dios es el eterno huido.

Once y media. Charles está muy cansado desde hace un cuarto de hora. Se interrumpe la sesión.

18 de febrero 1855.

Nueve y cuarto de la noche.

Charles y Madame Hugo conducen la mesa.

Están presentes: Mademoiselle Allix,

Jules Allix, Vacquerie, Victor Hugo.

La mesa entra en movimiento al cabo de diez minutos.

Victor Hugo —¿Quién está ahí?

—Jesucristo.

—*Habla.*

—Para que prestéis atención a lo que digo, Victor Hugo leerá cada frase en voz alta. Yo la retomaré deteniéndome en cada punto. El cristianismo es el cuerpo dichoso aquí abajo, y el torturado allá arriba; todo el druidismo se cifra en el sacrificio humano; todo el cristianismo se cifra en el sacrificio divino. El cristianismo se compone de dos cosas: el amor y el odio; hace al hombre mejor y a Dios peor; hay una cuna llena de besos y una tumba llena de llagas; él cura a los vivos y quema a los muertos; él bendice a la mujer adúltera y quema su cadáver; él resucita a lázaro y quema sus cenizas; los labios del cristianismo son de miel y su lengua es de fuego; él hace de la Tierra un Edén y del cielo un infierno; él hace a las flores hermosas y a las estrellas terribles; él ilumina a la mujer y él incendia a Venus; él encandece a la aurora hasta dejarla exangüe; encandece al día hasta dejarlo exangüe; encandece al amanecer hasta dejarlo exangüe; es el gran salvador y el gran verdugo; es la mirada que llora sobre la tierra y que arde en el cielo; es el llorón

sublime y el vengador formidable; sutura las heridas de la vida y abre las llagas de la eternidad; arroja dulzura en la materia y terror en el ideal; él vierte bálsamo sobre los hombres y aceite hirviente en los soles. El druidismo convierte el Infierno en la Tierra; el cristianismo, en el Cielo; el druidismo tomaba el hierro, la piedra el plomo, el bronce; torturaba el alma viva con la materia; el cristianismo tortura al cuerpo resurrecto con lo inmaterial; usa como herramientas las flores de lis del éter, las rosas del azur; atribuye al alba los dedos del torturador; asfixia a la muerte bajo la almohada de la tumba; su infierno contiene millones de hornos, millones de hogueras, millones de carniceros; va desde el norte al sur y desde la inmensidad a la eternidad; gira, fulgura, fulmina, fatiga a los pájaros aplastando las almas; su sótano es la Vía Láctea, la Cruz del Sur, su encrucijada; Saturno, su embalsadero; Marte, su precipicio; la cólera, su albergue; y en el antro del albergue, las llamas eternas son su hogar. El druidismo mira hacia los bosques, las colinas, las llanuras y les dice: torturemos. El druidismo oculta a sus víctimas en los antros, el cristianismo los expone en el infinito; el druidismo desaparece en los bosques, el cristianismo planea en el espacio; el druidismo habita bajo robles siempre sombríos, el cristianismo resucita el dolor bajo el azur siempre radiante; el druidismo hace erizarse de miedo a las ramas de los árboles, el cristianismo hace estremecerse de horror a los rayos de los astros; por los dólmenes drúidicos fluyen ríos de sangre, por los menhires cristianos fluyen ríos de azufre; Teutates solo ve a Dios en el púrpura de la sangre, Jesucristo solo ve a Dios en el púrpura del fuego; las religiones son enormes martillazos en el cráneo humano, cada chispa apaga una estrella y enciende un infierno; Teutates, herrero, ha forjado unas tenazas con los labios de Dios; Jesucristo, herrero, ha forjado un yugo con las manos de Dios; el hombre no podrá huir hasta el día que el forjador de las tenazas y el forjador del yugo fragüen una cerradura.

—*Charles está cansado ¿consientes una interrupción?* —Sí.

La sesión se cierra a medianoche.

8 de marzo de 1855.
Diez menos cuarto de la noche.
Charles y Madame Hugo conducen la mesa.
Están presentes: Mademoiselle Allix,
Jules Allix, Victor Hugo.

Victor Hugo —*Una observación, antes de preguntar quién está ahí.*

Quedan pendientes tres cuestiones: primero, la relativa al druidismo y al cristianismo; segundo, la continuación del diálogo con el ser misterioso que ha hablado el 1 de marzo; tercero, una cuestión venida de España.

¿Quiere la misma mesa designar cuál de estas tres series de ideas desea continuar o emprender? No hace falta decir que, si prefiere abordar cualquier otro tema, estamos aquí para escucharla.

—Puro o impuro. Paso o *impasse*. Pío o impío. Previsto o imprevisto. Piadoso o despiadado. Inmundo o mundo. Inmensa o ansa. Ojo o cajón. Fértil o infértil. Desertar o prodigar. Mitad o lugar. Lugar o Dios. Dios o ardor. Fuego o azul. Azul o «uhl».[1]

—*Este es un retrato fundamental del hombre, de toda carne-espíritu, de mí mismo. Es verdadero y extraño, continúa.*

—Continúo. El Evangelio fue inmenso, haciendo al hombre hermano del hombre, a la mujer hermana de la mujer y gemelos a todos los niños. Él profirió estas grandes palabras: «Amaos los unos a los otros. No hagáis a los otros lo que no queréis que os hagan a vosotros. Nadie es profeta en su tierra. Los primeros serán los últimos. Dejad que los niños vengan a mí. El que este libre de

pecado, que tire la primera piedra. En realidad os digo que alguno de vosotros me traicionará. Bebed y comed: esta es mi carne, esta es mi sangre». Y ese gran grito que saldrá eternamente de las sublimes bocas ante el cielo cruel: «*Eli, Eli, lama sabactani*».[2] El Evangelio ha sacado al hombre de la oscuridad y lo ha elevado hasta las nubes. Dios encuentra a los vendedores en el templo y reparte las pesas estrelladas en la balanza divina. Él retuerce los harapos y derrama grandes gotas de piedad. Del Dios sordomudo ha hecho un Dios vivo que oye y habla. Él ha devuelto la vista a los soles cegados por dos mil años de tinieblas. Él ha recreado al hombre y creado a la mujer. Él ha tenido entrañas de madre, entrañas de hombre, entrañas de niño. Él ha sido el primer ojo y el primer seno. Él ha llorado la lágrima más grande que jamás ha amamantado el género humano. Él ha bebido el cáliz más grande que jamás ha ascendido desde el tallo del dolor. Finalmente, ha abierto a martillazos el misterio formidable de la naturaleza y, de pie sobre el Gólgota, sangrante, sublime, ha obligado a los cuatro vientos de la noche a pasar a través de las cuatro llagas abiertas del amor crucificado en la inmensidad. El Evangelio ha hecho de la tumba algo clemente para los arrepentidos, pero, hete aquí su error, ha hecho de ella algo inexorable para los miserables. La gran preocupación de las religiones no deberían ser tanto los justos como los injustos, los buenos como los malos, los arrepentimientos como los remordimientos. Los monstruos son el verdadero rebaño del amor. La verdadera cuestión no es amar a los corderos sino hacerse amar por los tigres. El labio más grande del cielo no se posa sobre el redil, sino sobre la jungla, sobre el antro, sobre el desierto, sobre la crin, sobre la mandíbula, sobre el rugido; las narinas de Heliogábalo soplan en el mismo seno de Dios; el hocico de Falaris muge en el mismo establo de Dios; las fosas nasales de Caligula silban en el señor; el áspide de Cleopatra muerde el talón del gran pastor; el beso de Judas lame las tinieblas llenas de estrellas. La verdadera religión es el remanso de las bestias salvajes y no una inmensa pira

de pieles de león; es una inmensa ternura para los infames, para los sufrientes deformes de la bestialidad, para los execrados de la Tierra, para los malditos por la vida. Ella ama los odiados, salva a los perdidos, ella dora los pilares de cobre. Ella siente piedad de las barras de hierro que son los verdaderos rosales, por las almas de fango que son las verdaderas simas, por las bocas sangrantes que son las verdaderas llagas. Ella sumerge su mirada en las profundidades del horror, ríe a los que castañetea los dientes, y habla a los que son sordos y escucha a los que son mudos, y se muestra a los que son ciegos; ella dice al hombre monstruoso: levántate incluso en la muerte que se eleva hasta Dios. Creced con todo vuestro cadáver. Ella dice a los animales: animales levantaos incluso en la muerte que se alza hasta el hombre. Creced desde vuestro cadáver. Ella dice a las plantas: plantas levantaos incluso en la muerte que se alza hasta el animal. Creced con toda vuestra caída. Ella dice a las piedras: piedras, levantaos incluso en la muerte que se alza hasta la planta. Creced con todo vuestro polvo. Ella grita: podredumbre, excrementos, fangos, sembrad, floreced, irradiad; monstruosidades, deformidades, terrores, refulgid. Resplandeced, pléyades de delitos, constelaciones de crímenes, nebulosas de gotas de sangre, Vía Láctea de venenos, todos los besos celestes son mordeduras resucitadas. El infinito es el infinito porque es clemencia. Si uno pudiese perderse en Dios, se encontraría orientándose hacia la salida de su eterna sonrisa. El firmamento se limita al norte por la bondad, al sur por la caridad, al este por el amor, al oeste por la piedad. Dios es la gran urna de perfumes que lava eternamente los pies de la criatura, él exuda perdón por todos sus poros, él se consume en amar; él trabaja en absolver; el Evangelio del pasado ha dicho: los condenados, en el Evangelio futuro se llamarán perdonados.

La mesa se detiene.

—Estoy creando un poema titulado: «Satán perdonado».

Minuto treinta y cinco.

NOTA —Adjunto a la pequeña nota en un paréntesis aquí debajo que el poema «Satán perdonado» fue iniciado por mí hace precisamente un año, en marzo de 1854, y a día de hoy he escrito las dos terceras partes. El verano pasado interrumpí este trabajo, debido a Las contemplaciones. (Victor Hugo).

15 de marzo de 1855.
Nueve y media de la noche.
Charles y Madame Hugo conducen la mesa,
Está presente: Victor Hugo.

Victor Hugo —*¿Quién está ahí?*

—Jesucristo.

—*Hola. Continúa con las grandes cosas que nos dices.*

—El druidismo había dicho: creed; el cristianismo había dicho: creed. Sus palabras habían postrado a muchas generaciones, pero, un día, de repente, entra en el templo un desconocido vestido con harapos, con el pelo erizado, los pies desnudos, las manos negras, la frente alta, y llevando consigo el formidable bastón del porvenir; era el Espíritu Humano mendicante; era el viajero del crepúsculo; era el que camina en la sombra; era el que transita los abismos; era el pastor de los leones; era el guía de los tigres; era el vidente del antro; era el infatigable, el valiente, el creador de miles de leguas de la inmensidad; era el ser que no cree pero que piensa; era el gran interlocutor de Dios... —*Yo he escrito estos versos:*

«El profeta y el poeta

Afirman el ser en la nada;

La Tierra escucha inquieta

A este arcángel y este gigante;

La multitud de viles diálogos

Esta manada de lobos y dogos Que rondan bajo el cielo azul.

Este negro tropel que niega, Ladra tras el genio

Interlocutor de Dios».[1]

—...orador de las negaciones de la verdad, el cuestionador, el rebelde, el combatiente; era el herido de la barricada celeste, el radiante y el sangrante, el sublime portador de las llagas de la duda y de las cicatrices de la idea. Tenía muchos nombres; su frente se llamaba Moisés; su mirada se llamaba Sócrates; su boca se llamaba Lutero; sus llagas se llamaban Galileo, y sus cicatrices se llamaban Voltaire. Venía de cuatro desiertos; el desierto de Esquilo; el desierto de Dante; el desierto de Shakespeare, y el desierto de Molière; y tenía en sus sandalias destrozadas espinos de todos los calvarios y guijarros de todos los Sinai; hacía gestos que espantaban a las columnas de mármol y desplegando su manto agitaba los racimos de nubes. Era el vagabundo resplandeciente y atronador. Lo hubieran confundido con el rayo en ruta hacia Sodoma. Él entró y gritó: «¡Poneos de pie, los arrodillados! ¡En marcha los que hacéis una parada! El mundo empieza ahora. ¡Manos a la obra aquellos que reposan! La fe es el sueño, la libertad el despertar. Soy el alba, despertad, sepulcros. Despertad, esclavos. Despertad, mudos. ¡Adelante, fantasmas! ¡Adelante, espectros! ¡Estatuas, al galope! Las multitudes se alzan, los negros jinetes levantan sus posaderas; se oyen relinchar ochenta y nueve, el pueblo hace un solo salto, el ideal está ensillado».

Charles está muy cansado. Se interrumpe la sesión. Las doce menos cuarto de la noche.

22 de marzo de 1855.

Diez menos cuarto de la noche.

**Charles y Madame Hugo conducen la mesa. Están
presentes: Victor Hugo, Monsieur Alix.**

Victor Hugo —*¿Quién está ahí?*

—Jesucristo.

—*Continúa.*

—Él parte, y de un golpe de espuela cruza los abismos; se lanza del torreón feudal a los tejados de los suburbios; de la Bastilla a la ciudad, del señor al siervo, del rey al pueblo, del sacerdote al filósofo, del filósofo al ateo, del ateo a Dios. Grifo espléndido y temible, sus alas son Danton, sus uñas, Robespierre, sus escamas son catorce ejércitos, sus ollares son volcanes, sus orejas simas; la boca de este caballo mastica el infinito, cae espuma de su bocado sangrante; él relincha el despertar, piafa el porvenir, cocea el caos; se enfurece, se encabrita, se espanta; tira al jinete; mata al palafrenero, derriba la cuadra y, si se desploma, sus cuatro hierros lanzan relámpagos cuyo trueno sacude al mundo; este centauro lleva sobre su formidable grupa el pasado y el porvenir, lo verdadero y lo falso, el mal y el bien; lanza a la tierra lo que no lanza al cielo; él asciende, asciende, asciende; él conduce a la humanidad a la libertad, la libertad a la igualdad, la igualdad a la fraternidad; tres saltos, tres violentas sacudidas en la palabra terrestre. ¿Dónde se detendrá esta escapada de la sombra, este ladrón de bocados a los dientes de la inmensidad? ¿Quién será la barrera? ¿Quién será el

último paso? ¿Quién es el terrorífico atleta que hará retroceder al que aplasta a Pelión, al que pulveriza a Osa? ¿Es el niño y sus derechos? No. ¿Es la mujer y sus derechos? No. ¿Es el hombre y sus derechos? No. Es el fantasma y su sudario. Él cortará con la vida y renunciara ante los misterios; él liberará a los vivos y dejará al muerto prisionero del cristianismo; él habrá sacudido las corazas del torreón y tropezará con el sepulcro; su coz no esperará a Satán; su ala no irá más lejos que el pájaro del cementerio que vuela desde la cruz; él no destronará al derecho divino del castigo eterno; él no decapitará al rey del horror; él no llevará el Tiberio del infinito; él no portará en la punta de una pica, en medio de las estrellas, la cabeza infame del Dios resplandeciente; él no reducirá el infierno a cenizas; él no arrastrará el cadáver de la noche coronada por los arroyos, bajo un cañizo de soles. Él no hará la revolución de la tumba. Las mesas la harán; ellas proclamarán el derecho del fantasma; ellas afirmarán el derecho del muerto, el derecho del polvo del sepulcro, el derecho del gusano del sepulcro, el derecho de la hierba del sepulcro. Tanto polvo de ceniza como rayos de sol. Las mesas serán el ochenta y nueve de los arcángeles; ellas soltarán verdades sobrenaturales sobre el género humano; ellas mezclarán los átomos y los mundos; ellas demostrarán la fraternidad de los hombres y las bestias; la igualdad de las bestias y las plantas; la igualdad de las plantas y las piedras; la solidaridad de las piedras con las estrellas; ellas harán ascender...

—*Escribí todo esto en verso estos días pasados.*

—...al perro hasta su amo, y ascender al pastor hasta su rebaño; ellas harán subir las flores hasta los astros; ellas harán crecer los guijarros del arenal hasta el rayo de las tempestades; ellas harán descender a Dios hasta el pólipo y a las pulgas saltar hasta Dios; en la inmensidad, suprimirán la distancia del beso al labio; ellas dirán, ellas gritarán, ellas sonarán; ¡oh hombres, ya no hay más hombres! ¡Oh bestias, ya no hay más bestias! ¡Oh plantas, ya no hay más plantas! ¡Oh piedras, ya no hay más piedras! ¡Oh soles, ya no hay

más soles! ¡Oh firmamentos, ya no hay más firmamentos! Solo hay almas iguales ante el amor. Solo hay amores iguales ante Dios. El infierno no existe. El paraíso es el estado normal del cielo; la tinieblas son apariencias, la noche es una ilusión de las estrellas, la sima de Dios está llena de palomas y no de cuervos. La inmensidad tiene entrañas de madre; los soles están llenos de piedad por los sufrimientos, y el cielo ha llenado de lágrimas sus estrellas. Oh hombres, todo ama. Oh bestias, todo ama. Oh plantas, todo ama. Oh piedras, todo ama. Oh mundos, todo ama. El firmamento, oh vivos, es un perdón infranqueable. Y ahora, morid.

—¿Conoces los versos que compuse hace diez meses y terminados durante estos días, y que son en el fondo y en muchos detalles idénticos a lo que acabas de decirnos? Nos ha ocurrido más de una vez que los seres misteriosos que nos hablan a través de la mesa nos han dicho conocer nuestros trabajos. Dinos, ¿conoces estos versos?

—No.

M. Allix *—¿Querías decirnos si la misión de los apóstoles les ha sido dada después de tu muerte de la manera que creo?*

—Los apóstoles han dicho; los hombres han creído; el Evangelio ha sido diseminado a los cuatro vientos. El libro de los muertos está en el prefacio. Los apóstoles solo han hecho la tabla de materias, el libro de los vivos.

—Te estamos agradecidos. Es ya muy tarde, ¿querías continuar tu respuesta en otra sesión?

—Sí.

Se cierra la sesión a la una de la madrugada.

29 de abril de 1855. Diez de la noche.
Charles y Madame Hugo conducen la mesa. Están
presentes: Mademoiselle Allix, Emile Allix,
Vacquerie, Victor Hugo.

Victor Hugo —*¿Quién está ahí?*

—Tenemos una observación que hacer. A menudo nuestras palabras coinciden con las que vosotros escribís. Parece que eso importuna los grandes trabajos. Sin explicarnos sobre esas coincidencias, os prevenimos que ante la llegada de palabras y frases que se parezcan a las vuestras y que señaléis como tales, estas serán cambiadas inmediatamente y deberán ser borradas del libro; se entiende que nosotros guardamos el fondo de las ideas; hablamos únicamente de estilo; debíamos este homenaje al doloroso trabajo humano.

—*¿Es a mí a quien se dirige esta observación?* —Si.

La mesa empieza de nuevo sola después de un intervalo.

—Platón.

—*¿Eres tú quien acaba de expresar las observaciones y las diversas respuestas precedentes?*

—No.

—*¿Puedes decirnos quién?*

—No.

—*Un saludo. Habla. Te escuchamos.*

—Vengo a hablaros del sueño. Cuando los vivos se duermen, establecen inmediatamente una comunicación entre su cama y la

tumba. Todo cuerpo acostado toma la línea del horizonte del alma. El que duerme se convierte en el despierto de la sombra; no resta inmóvil, vuela en la inmensidad; no es ciego, ve en el infinito; no es sordo, oye en el espacio; no es mudo, habla en la muerte; no está acostado, está alado; no está estirado, está planeando; no está caído, está resucitado; el dormido es el asaltante de la noche; todo sueño sitia al misterio; todo camastro es una brecha del sepulcro; los sueños son los proyectiles de las estrellas; de día tú vives, de noche tú mueres; millones de soles atraviesan tu techo y se ponen a iluminar tu habitación: tu velador está prendido, entonces un astro se enciende; durante toda esta noche tu lámpara va a consumir una de las gotas de la Vía Láctea; los cirios de la sombra van a brillar en tus funerales nocturnos; el infinito va a coger tus sábanas y a sepultarte hasta mañana en la fosa común del sueño; estando vivo vas a entrar en contacto con tu vida mortuoria; tu carne va a sentir tus cenizas; tus miembros van a sentir tus huesos; tu cabeza va a sentir tu cráneo; tu esqueleto es tu formidable uniforme de guerra de la noche, oh sitiador de la fortaleza oscura, oh viviente, coloca esta armadura de marfil delante del torreón de ébano y ve; sueños, venid, caed sobre el que duerme, vosotros sois las gratas o terribles visiones; surgís de la sonriente Venus o del irritado Saturno; sois el beso del arcángel o la puñalada del espectro; vosotros sois el encuentro con la mujer adorada, vosotros sois el retorno de la hija amada; vosotros sois también la emboscada de la víctima y apuñaláis el sueño de los asesinos, y agitáis todas las mortajas de la tumba en las cortinas de la alcoba espantada, mientras que en la habitación tenebrosa el vertiginoso reloj, brújula del barco del durmiente, gira eternamente su aguja hacia la muerte.

La una menos cuarto de la madrugada.

APÉNDICE

LO QUE DICE LA BOCA DE SOMBRA

Poema de Victor Hugo
perteneciente a *Las contemplaciones*,
escrito en la isla de Jersey en 1855.
(Fragmento)

Desciende el hombre en sueños a la sima absoluta.
Yo erraba junto al dolmen que señorea a Rozel,
Allá donde la punta en isla se prolonga.
Me aguardaba el espectro; el ser sombrío y sereno
Me agarró del cabello con su mano gigante
Y llevándome a lo alto de la roca, me dijo:

* * *

Debes saber que todo cumple su ley, sus fines;
Que del astro a la larva, la inmensidad se escucha;
Que posee conciencia toda cosa creada
Y el oído pudiera alcanzar la visión,
Que las cosas y el ser no interrumpen su diálogo.
Habla todo: los vientos y el alción que los surca,
Las briznas y las flores, gérmenes y elementos.
¿Pensabas de otra forma, acaso, al universo?
¿Que Dios, por quien la forma al número abandona,
Hubiera permitido que sonaran las selvas,
La tempestad, el torrente que arrastra oscuros limos,

La roca entre las ondas, en los montes las bestias,
La mosca, el matorral, el zarzal con sus moras,
Y que nada expresara este eterno murmullo?
¿Crees que el agua del río, los árboles del bosque
Sin nada que decir, elevarían su voz?
¿Que es el viento illarino un tañedor de flauta?
¿Tú crees que el océano, que se crece y que lucha,
Podría contentarse con bostezar día y noche
Para nada, exhalando un ruidoso vapor
Y querría rugir bajo el raudo huracán
Si el rugido no fuese una palabra?
¿Supones que la tumba, en musgo y noche envuelta,
Tan solo sea silencio? ¿Y te figuras tú
Que la densa creación, que estila componer
Su rumor con los pálpitos del lirio y de la rosa,
Con el rayo, las olas, el aliento celeste,
Ignora lo que dice al dirigirse a Dios?
¿Creías que era tan solo una lengua abultada?
¿Piensas que balbucea la gran naturaleza
Y que Dios se daría en su inmensidad suma
Por placer absoluto y de manera eterna
El farfullar penoso de cualquier sordomudo?
No, la sima es un padre y la sombra un poeta;
No, todo es una voz y todo es un perfume;
Todo, en el infinito, dice una cosa a alguien;
Un pensamiento rige el soberbio tumulto.
Dios no forma un rumor, sin implicar al verbo.
Todo, como tú, gime o canta como yo.
Todo dice. Y ¿tú sabes, hombre, por qué es así?
Oye bien: porque llamas, porque vientos y espumas,
Tallos, árboles, rocas, itodo vive!

Todo está lleno de alma.

Pero ¿cómo? Ahí reside el misterio inaudito.

Y puesto que en la ruta no te has desvanecido,
Hablemos.

*(Traducción de Antonio Martínez Sarrión en Lo que dice
la boca de sombra y otros poemas. Colección Visor de
Poesía, 2015).*



VICTOR HUGO (Besanzón, 26 de febrero de 1802 - París, 22 de mayo de 1885), fue un poeta, dramaturgo y escritor romántico francés.

Obras: *Odas y baladas* (1826), *Las hojas de otoño* (1832) o *Las contemplaciones* (1856), poeta comprometido contra Napoleón III en *Napoleón El Pequeño* y *Los castigos* (1852) y poeta épico en *La leyenda de los siglos* (1859 y 1877). Fue también un novelista popular y de gran éxito con obras como *Nuestra Señora de París* (1831) o *Los miserables* (1862). En teatro expuso su teoría del drama romántico en la introducción de *Cromwell* (1827), y la ilustra principalmente con *Hernani* (1830) y *Ruy Blas* (1838).

Su extensa obra incluye también discursos políticos en la Cámara de los Pares, en la Asamblea Constituyente y la Asamblea Legislativa —especialmente sobre temas como la pena de muerte, la educación o Europa—, crónicas de viajes —*El Rin* (1842) o *Cosas vistas,*

(póstuma 1887 y 1890)—, así como una abundante correspondencia.

Notas

Presentación

[1] Delphine de Girardin. Célebre escritora francesa. (N. de la T.)

[2] Jersey, isla del Canal de la Mancha adonde los Hugo se exiliaron por razones políticas de 1852 a 1855. Luego vivieron en la vecina isla de Guernsey hasta la caída de Napoleón III, en 1870. (N. de la T.)

[3] Auguste Vacquerie (1819-1895). Amigo fiel de Victor Hugo; hermano de Charles Vacquerie, esposo de Leopoldine Hugo, hija de Victor y Adèle Hugo. En 1843 Charles y Leopoldine murieron en un trágico naufragio cerca de Villequier, poco después de su boda. (N. de la T.)

[4] Juliette Drouet (1806-1883). Actriz francesa. Abandonó su carrera teatral y devino secretaria, y amante, de Victor Hugo, a quien siguió a su exilio en la isla de Jersey. (N. de la T.)

[5] Paul Meurice (1818-1905). Dramaturgo y novelista, amigo de Auguste Vacquerie y de Victor Hugo. (N. de la T.)

[6] Adèle Foucher. Mujer de Víctor Hugo. (N. de la T.)

[7] Adèle, François Victor y Charles Hugo, hijos de Victor Hugo. (N. de la T.)

[8] Théophile Guérin, periodista americano, amigo de Victor Hugo. (N. de la T.)

[9] *Teatro en libertad* (1886) se halla entre los escritos inéditos que Victor Hugo dejó al morir. (Ver: Miguel Gómez García, *Diccionario Akai de Teatro*, Akal, Madrid, 1997, p. 414). (N. de la T.)

[10] Nieta de Paul Meurice. A partir de 1953 Madame Langlois-Berthelot dona a la Maison de Victor Hugo, un museo consagrado al escritor francés, fundada por su abuelo, una serie de documentos relacionados con las mesas parlantes de Jersey. (Ver: Martine Ecalé. «La Maison de Victor Hugo». En: *Romantisme*, 1973, n.º 6. Figures du lyrisme, pp. 124-125. (N. de la T.)

[11] El «drama inacabado» que cita Jean Gaudeon corresponde a la transcripción del dictado de la mesa del Jueves 27 de abril de 1854 a la que Hugo no asistió, tal vez para no ser influido en el contenido de su obra literaria. En él, la joven Nihila y su amado Jérôme son secuestrados el día de su boda por el viejo rey Luis XV. Al final del episodio, el viejo monarca es castigado por su crimen. Para salvarse de la condena eterna, el monarca debe salvar a la pareja y renunciar a su afán de poseer a la virgen Nihila. (N. de la T.)

[12] Víctor Hugo, *El Fin de Satán*. Poema épico de 5.500 versos, estructurado en dos libros. Iniciado hacia 1854, fue publicado postumamente. (Fuente: archivo digital de la Biblioteca Nacional de Francia). (N. de la T.)

[13] Victor Hugo, *El bosque húmedo*. Comedia en cuatro actos datada en 1854. Publicada postumamente en la citada anteriormente, ver nota 9, *Teatro en libertad*. Fuente: Biblioteca Nacional de Francia. (N. de la T.)

[14] André Breton, «Entrée des médiums». Texto publicado por primera vez en la revista *Littérature* en 1922 y posteriormente en *Los pasos perdidos* (André Breton, *Los pasos perdidos*, Alianza Editorial, Madrid, 2003). En este texto André Breton «evoca las experiencias espiritistas y “mediúmnicas”» llevadas a cabo en los círculos surrealistas a partir de septiembre de 1922, rechazando «admitir formalmente la existencia de toda comunicación posible entre los vivos y los muertos». Más adelante, alude directamente a las experiencias de Victor Hugo en el exilio, citando uno de los poemas de *Las contemplaciones*, «Lo que dice la boca de sombra», compuesto en la misma época de la experiencia de las mesas parlantes de Jersey: «Siempre he estado convencido de que nada de lo que se dice o de lo que se hace vale nada fuera de la obediencia a ese dictado mágico. Ahí está el secreto de la atracción irresistible que ejercen ciertos seres cuyo único interés es haberse hecho eco un día de eso que tenemos tendencia a tomar por la conciencia universal o, si se prefiere, de haber recogido aunque sin penetrar su sentido, algunas palabras que caían de la *boca de sombra*». (Ver: Stéphane Massonet, «L'entrée des médiums: Hugo 'et l'écriture des Tables». En: *Acta Fabula. Revue des parutions*. Novembre 2014, Vol. 14, n.º 9). (N. de la T.)

[15] Se trata probablemente de una alusión al poema de *Las contemplaciones* de Victor Hugo titulado «Lo que dice la boca de la sombra» (Jersey, 1885). Publicado en castellano, por ejemplo, en *Lo que dice la boca de sombra y otros poemas*, Visor Libros, Madrid, 2015. Ver Apéndice. (N. de la T.)

[16] Charles Baudelaire, *Los paraísos artificiales*, Akal, Madrid, 2001. (N. de la T.)

[1] A continuación, se transcribe el drama de Shakespeare sin interrupciones, anunciado por el Drama cuatro días antes. Para

hacer más fácil su lectura, hemos agrupado las sesiones en que se reportó, y de las cuales se encontrarán las fechas en las notas. Al principio del libro, el lector encontrará indexada la sucesión cronológica de las sesiones.

[2] *El dictado de la mesa se interrumpe aquí. El proceso verbal manuscrito de esta sesión termina de la siguiente forma: Breve interrupción. Discusión. Madame Hugo réprocha a Auguste Vacquerie haber registrado la sesión silenciosamente, sin aplaudir, sin ayudar a la mesa con palabras amables. Cuando Victor Hugo está ahí, se entusiasma, detalle a detalle, y su entusiasmo se une al verbo de la mesa. Vacquerie dice que él espera el conjunto de la escena para juzgarla. Hasta el momento presente el paraíso le parece egoísta. Retoman la mesa:*

—J...

—¿Es siempre el paraíso el que habla?

—No. Yo dejaré a Shakespeare hacer todo el drama.

—¿Por qué?

—Es mejor hacerlo por la noche.

La mesa se queda fría e inmóvil.

[3] *Aquí termina la segunda sesión del 27 de abril, que no dura más que de las tres hasta las cinco y media. Al pie del informe figura una nota de la mano de Victor Hugo: «La analogía entre el inicio de esta escena y la idea de una cosa hecha por mí el 23 de noviembre de 1853 y titulada "Dos voces en el cielo estrellado —Zenith, Nadir" [Cuatro Vientos del Espíritu, I, Epílogo] me obliga a abstenerme y siento una profunda añoranza, de toda participación en el trabajo de la mesa durante este drama, y para este drama solamente. Hago notar que la analogía es (al inicio solamente, creo, ignorando la continuación) en la idea y en algunos detalles. V.H. 29 de abril de 1854».*

[4] *Fin de la sesión del 29 de abril. Esta, desde las dos cuarenta y cinco hasta las siete menos cuarto. Charles y Guérin están en la mesa. Madame Hugo está presente.*

[5] *La sesión del 30 de abril, iniciada a las tres menos cuarto, se termina aquí a una hora no especificada. Los participantes son los mismos que en las sesiones precedentes.*

[6] *Fin de la sesión del 2 de mayo. Esta ha durado desde la tres hasta las seis y media. Charles, Madame Hugo conducían la mesa y Vacquerie escribía.*

[7] *El texto definitivo a partir del discurso de Leda data del 12 de mayo y sucede a una serie de avisos lanzados por la mesa. El 3 de mayo, conduciendo la mesa Charles y Guérin y Madame Hugo escribiendo, se presentó así el fin de la escena:*

Leda —Yo era pura y tú, alcoba, me perdiste. Yo era la virgen y no soy más que la estatua. ¡Oh dolor! Perder la pureza, el candor, perder la blancura interior, para ganar el amor, creer en ese pájaro de luz y convertirme en el oprobio, haber sido lago, y después cisne, y ser el fango.

La puerta escondida —Silencio, vienen.

(Arriba hay varios lacayos que dejan a Nihila, desvanecida, sobre la cama.)

Las libreas —Horror.

(Los lacayos se retiran y dejan sola a Nihila)

Nihila (despertándose). —¿Dónde estoy? ¡Jérôme! ¡Jérôme! ¿Dónde estoy? ¿Qué es esta habitación? No estoy soñando. Veamos, no hay que tener miedo. Soy una chica valiente, eso es. Me acuerdo. Estaba con Jérôme en el campo delante de nuestra casa. Rezaba a Dios con él. Sentí una mano sobre mi boca, y después nada más. Es horrible no ver a Jérôme. *(Llora.)* Es mi culpa. Él quería regresar. Los ladrones nos han visto. ¡Pobre casita! ¡Vivíamos demasiados juntos!

¿Quién vive aquí? Es un hombre muy malvado el que roba a las chiquillas que son pobres para conducir las ante todo este oro. ¡Dios mío, Dios mío, aún tengo miedo! ¡Jérôme, Jérôme! El rey (*arriba y besando a Nihila*). —Hela aquí.

Nihila (*girándose*). —¿Qué hacéis, señor? No sé dónde estoy y quiero irme. Me habéis besado, pues bien, dejadme partir. No os lo tendré en cuenta. ¿Por dónde habéis entrado? Pero respondedme. Sois viejísimo y no sois bello. Hablad, pues.

El rey —Os amo.

Nihila —Oh, dios mío. ¿Quién es este hombre de aquí?

El rey —Me llamo riqueza, vida, felicidad. Te daré todo lo que quieras. ¿Quieres los palacios, los jardines, las estatuas de Versalles? ¿Sabes? ¡Versalles! Yo te los daré. ¿Quieres vestidos de seda, joyas, los vestidos más espléndidos que los cuentos de hadas hayan soñado? Yo te los daré. ¿Quieres una cama de *brocard* tan prodigiosa que el sol quiera poner su nombre? ¿Quieres pasar por las calles conducida por ocho caballos? ¿Quieres ser tan bella que la admiración universal se arrodille ante ti y que haga de tus pies los más poderosos para subir hasta el trono de Luis XV?

Vacquerie —¿No hay una palabra de más?

—Sí.

Vacquerie —¿Quieres volver a empezar desde «se arrodille ante ti»?

—¿Quieres que haga de tus piecitos los más poderosos escalones de gracia para subir hasta el trono de Louis XV?

La sesión del 5 de mayo, iniciada a las diez y media, con Charles y Guérin en la mesa, empieza así:

—¿Quién está ahí?

—El Drama.

—¿Quieres que te releamos las dos últimas páginas? ¿Hay que cambiar algo?

—Sí.

Leen a partir de Leda. En las palabras «ganar el amor», la mesa golpea una vez.

—¿Quieres volver a empezar toda la frase?

—Sí.

Ella dicta el texto definitivo hasta «ángeles caídos». Después continúa.

—...Alcoba, ave nocturna, maldita seas, maldito seas amor de los dioses. Oh dolor, yo era la virgen, y ahora soy la prostituta por haberte creído, amor, por haberte creído, Júpiter, por haberte creído, bello pájaro blanco. Yo era un alma límpida, ahora soy turbia. Yo era diáfana, ahora soy sombra, yo era una luz, ahora soy una mácula. Yo era un lago, ahora soy fango por haber amado a un cisne.

El 8 de mayo, a las dos, la mesa vuelve aún a empezar a partir de «los ángeles caídos».

Dicta hasta «por el candor, maldito seas» y se interrumpe bruscamente.

Guérin —¿Esta parada se debe a la falta de fluido de Charles? —
Sí.

—¿Debemos parar?

—Sí.

—¿Le hace falta a Charles un tiempo para reparar el fluido perdido?

—Sí.

—¿Dentro de cuánto tiempo podrá retomarlo?

—Dentro de dos días.

Charles —Debo hacer las mesas mañana por la noche. Pasado mañana estaré cansado. ¿Quieres el viernes?

—Sí.

El 12 de mayo a las dos y cuarto, el Drama retoma el punto donde se había detenido y continúa hasta el final de la escena, a las siete de la tarde.

[8] *Aquí se termina la sesión del 12 de mayo, que ha durado desde las dos y cuarto hasta las siete. Charles y Guérin estaban en la mesa y Madame Hugo estaba presente.*

[9] *Aquí el proceso verbal indica una larga interrupción.*

[10] *Aquí encontramos una intervención anónima:*

—Pero esto rima, ¿son versos?

—Sí.

[11] *Dos golpes.*

—En la línea, ¿no?

—¿Es un verso interrumpido lo que has hecho ahí?

—No.

—¿Es un verso corto?

—Sí.

Cada final de estrofa será señalado por dos golpes.

[12] *Entra Vacquerie.*

[13] *La primera versión lleva la rima: «haines» y «hyènes». Esta anotación de la edición de Jean-Jacques Pauvert se refiere al verso en que Victor Hugo opta por «têtes» y «bêtes», en la versión original del texto. (N. de la T.)*

[14] *Robert François Damiens (1715-1757). Autor de la tentativa de asesinato contra Louis XV. En el intento, logró herir al rey con una navaja de doble filo. (N. de la T.)*

[15] *La sesión de la tarde del 28, iniciada a la dos, se termina aquí, a las ocho menos cuarto. Charles y Guérin estaban como de costumbre en la mesa. Madame Hugo escribiendo. Retomarán la sesión a las nueve y media del mismo día, con el diálogo siguiente: —¿Quién está ahí?*

—Shakespeare.

—¿Vienes a continuarnos el drama?

—Mi drama.

Entra M. Kesler, conducido por Guérin.

Entonces el texto se encadena y continúa hasta el final.

[16] *Este anuncio de un segundo acto, no irá seguido de consecuencia. Se instaure entonces un extraño diálogo:*

Vacquerie —Cuando te he solicitado si venías a continuar el drama, tú has respondido: mi drama. Has querido, pienso, constatar tu derecho de propiedad y de creación. ¿Quieres explicarnos cómo es el acuerdo que habéis establecido tú y el Drama? La parte que el Drama nos dicta, ¿siempre la ha hecho él? ¿Es tu colaborador o viene a dictarnos escenas que tú le avanzas?

—El Drama soy yo, es Molière, es Esquilo, es Cervantes. De día veis el drama firmamento, de noche veis las constelaciones poetas.

—¿Quieres añadir elementos a esta respuesta? Entreveo la explicación a esta ley, de difícil comprensión, según la cual las almas no pueden hablarnos más que de noche y las ideas de día. Acláranos esta ley extraña que parece sujetarnos a nuestra miserable condición humana?

—Las leyes físicas son las leyes morales. El techo de la tumba está iluminado de día y es sombrío de noche. De día, el eterno resplandece, de noche, el inmortal centellea; la idea es eterna, el pensador es el resucitado. Para poder ver el planeta Venus se tiene que hacer de noche en el cielo; para ver el planeta Moliere, tiene que hacerse de noche en el sepulcro. Vosotros sois nuestros astrónomos durante la noche y nuestras flores de día. De día llegamos como rayo, de noche llegamos como almas.

Guérin —La pieza que nos dictáis el Drama y tú, ¿es una invención o una realidad? ¿Debemos tomar los incidentes como las imaginaciones de un poeta o como las revelaciones de un espíritu?

—Yo creo en lo verdadero, pero no lo hago. Un drama es una invención, por tanto no es una revelación. La acción de este drama es mi obra, por tanto no es la obra de Dios. Yo creo a Nihila, yo no la resucito. Yo castigo a Louis XV a mi manera, y Dios a la suya. Yo no soy el historiador del sepulcro, yo soy el poeta.

Kesler piensa una pregunta.

La mesa —Es naif.

Kesler pensaba: Shakespeare, ¿eres tú el que está ahí, el que responde? Guérin dice que la mesa ha respondido claramente y que Kesler en efecto era naif al decir: ¿Shakespeare, estás ahí? En lugar de: ¿Shakespeare está ahí? Volvemos a empezar la prueba. Kesler piensa otra pregunta.

La mesa —Sí, los muertos vienen a hablar a los vivos. Los pies de una mesa son pasos que resuenan en la escalera de las almas. Kesler pensaba que desearía obtener una respuesta más satisfactoria a su primera pregunta.

Kesler se declara satisfecho.

Los textos que siguen no son inéditos. Estos han sido ya reproducidos por Gustave Simon en Chez Victor Hugo, Les tables tournantes de Jersey, Conard Ed. Este texto ha sido cotejado con diversas copias anteriores, una de ellas de Madame Daubray. En el caso en que existían simultáneamente un manuscrito original y una copia de Madame Daubray, hemos podido asegurarnos de la extrema fidelidad de esta última.

[1] Se trata evidentemente de «Lo que dice la boca de sombra» (Las contemplaciones, VI, 26) de la que retenemos que, a fecha de 19 de septiembre, no ha sido del todo terminada. Los dos detalles de Hugo se encuentran sin nota.

[2] Una palabra ilegible.

[1] Cf. Los cuatro vientos del espíritu, III, 33:

*Et le rude chemin du martyr est semé
De leur gouttes de sang qu'on prend pour des étoiles.*

[2] Cf. «*El poeta*» (Las contemplaciones, III, 28): *Sécouant sur sa tête une haillon de lumière.*

[3] *Inferi*, La leyenda de los siglos.

[1] Cf «*Explicación*» (Las contemplaciones, III, 28): *Sacudiendo en su testa un harapo de luz.*

[1] Cf. *Todo el pasado y todo el Porvenir* (La leyenda de los siglos).

[1] En este pasaje Victor Hugo realiza un juego a partir de la sonoridad las palabras, y que culmina con un sonido puro, sin significado, «euh», que en la medida de lo posible hemos tratado de preservar: «*Pur ou impur. Pair ou impair. Passe ou impasse. Propre ou impropre. Pie ou impie. Prévu ou imprévu. Pitoyable ou impitoyable. Immonde ou monde. Inmense o anse. Oeil ou cercueil. Riche ou friche. Dessert ou désert. Milieu ou lieu. Lieu ou Dieu. Feu ou bleu. Bleu ou euh*». (N. de la T.)

[2] «*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*». (N. de la T.)

[1] Cf. *Dernière Gerbe*, 85, 1 de enero de 1854.